

PTA

EDICIONES  
BISTAGNE

FRANK BREAKSTON - FRANKIE DARRO  
JACKIE SEARL - JIMMY BUTLER



# HOMBRES DEL MAÑANA

**HOMBRES DEL MAÑANA**

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO MARIÁ BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841 - BARCELONA

## Hombres del mañana

Magnífico asunto sentimental, aleccionador, basado en la famosa novela de Ferenc Molnar.

Una producción del mago de la pantalla

**FRANK BORZAGE**

Es un film **COLUMBIA**

Distribuido por la prestigiosa casa

**CIFESA**

Mar, 60. — VALENCIA

Delegado para Cataluña, Aragón y Baleares

**Pedro Balart**

Aragón, 261, ent.º, 2.º. — BARCELONA

## Reparto:

Nemechek . . . . .	<i>Frank Breakston</i>
Feri Ates . . . . .	<i>Frankie Darro</i>
Gereb . . . . .	<i>Jackie Searl</i>
Boka . . . . .	<i>Jimmy Butler</i>
Csonakos . . . . .	<i>Donald Haines</i>
La madre. . . . .	<i>Lois Wilson</i>
Vigilante . . . . .	<i>Christian Rub</i>
El señor Gereb. . . . .	<i>Samuel Hinds</i>
El señor Nemechek . . . . .	<i>Ralph Morgan</i>
Razz . . . . .	<i>Egon Brecher</i>

## PRÓLOGO

Esta película es un cuento de niños, representado por niños de un modo magistral. De ahí su alto interés humano, porque el niño es el hombre, el verdadero, el auténtico hombre, sin contaminaciones aun, mientras que el hombre, el que llamamos hombre en contraposición al que llamamos niño, es el hombre deformado por los mil desengaños de la vida, perdida su espontaneidad, moldeado por la vida social, lleno de prejuicios, esclavo de los lugares comunes, envejecido por la vida. El niño es el hombre, y el hombre un ex niño.

El que se trate de un cuento de niños—no para niños—, hace a esta película de alto interés huma-

no y de profunda emoción, y el hombre, el ex niño, la ve con la emoción correspondiente a los recuerdos de su infancia y con la amargura de la inocencia perdida.

Cuento de niños y no para niños, sino para hombres. El hombre debe sacar de ella graves y serias enseñanzas. Porque el hombre es el educador del niño y el niño será tal como haya sido moldeado.

Hombres del mañana son los niños de hoy y nosotros nos iremos y el mundo quedará entre sus manos. Y nosotros los amamos con todo nuestro corazón y deseamos su felicidad futura. Eduquemoslos bien.

Los niños siempre se anticipan

a su edad y aprenden de los hombres muchas cosas malas que se apresuran a poner en práctica. No sabemos hasta qué punto esto es evitable, pero hay un extremo trágico, que es el de la guerra, magistralmente tratado en esta cinta, que implica para la humanidad un interés altísimo.

La guerra, el horrible azote de la humanidad, cada vez más horrible, y la propensión a la guerra de los niños, es algo horripilante cuando se mira al porvenir.

Y, aun sin mirar al porvenir, sólo mirando al presente, las aficiones guerreras de los niños pueden conducir a la emocionante tragedia de esta película, en la que un padre y una madre ven deshechas repentinamente todas las ilusiones de su vida al perder, cuando menos podían esperarlo, en tres o cuatro días, a su único hijo.

No se trata ya sólo de la guerra. Los niños pueden poner en sus juegos, en toda su vida infantil, un contenido muy grande de cosas vituperables.

En el niño hay dos personalidades muy distintas: la una, la del niño en presencia de sus padres o

de sus maestros; la otra, la del niño en la calle, en libertad.

Cuando el niño se encuentra solo en la calle, reunido con otros niños, lejos de la mirada de sus padres, experimenta el placer de sentirse independiente, autónomo, y acostumbra abusar de las circunstancias.

Los padres deben procurar restringir esos momentos de autonomía infantil, sin suprimirlos, porque se trata de un aprendizaje de la vida conveniente y hasta indispensable, pero, sobre todo, procurar que los actos de sus hijos en la calle no pierdan su control.

En la calle se encuentran y se relacionan, con esa familiaridad propia de la infancia: el niño de buena familia, que va o viene de la escuela; el hijo de familia modesta, que estorba en casa por la estrechez del local; el niño que trabaja y sale del taller, o es botones y va a un recado; el niño de padres pobres, que no pueden pagarle la escuela ni encuentran trabajo para él; el niño que pide limosna, y el golfo, el pequeño pirata callejero, sin padres o escapado de casa, que campa por sus respe-

## HOMBRES DEL MAÑANA

tos y vive, como los gorriones, de lo que puede atrapar.

La calle es para el niño una escuela de vida sumamente eficaz, pero harto peligrosa, y los padres deben cuidar con esmero que su enseñanza no sea fatal para sus hijos.

¡Cuántos vicios, cuántas tendencias no son adquiridos en la calle por los niños! Porque notan que nadie los vigila, se sienten libres, se creen felices experimentando, como los hombres, la responsabilidad de sus actos, y estos actos, con la inexperiencia infantil, son, casi siempre, fruto de la seducción del mal, de la admiración por los vicios de los hombres a quienes dejan imitar, y tueren la planta del carácter personal cuando aun es tierna y fácil de torcer con torcendas que nadie podrá después enderezar.

Pero todo esto afecta al individuo, a cada padre y cada hijo de por sí, mientras que hay algo de fundamental importancia, porque afecta al porvenir de la humanidad, de la raza humana: las aficiones guerreras del niño.

Si el niño de hoy, el hombre de mañana, siente su corazón seduci-

do por el brillante colorido del militarismo y tiene el ánimo guerrero y batallador, será preciso esperar a pasado mañana o al otro para contar con una era definitiva de paz, ambicionada por todo corazón humanitario, y se reproducirán periódicamente las horribles matanzas de unos hombres por otros, el suicidio colectivo de la humanidad.

Hagamos notar de paso la diferencia que hay entre el espíritu guerrero y el espíritu militar. El primero es instintivo en el hombre y nace de su propensión natural a la violencia, y es todo acometividad y osadía. El espíritu militar es todo previsión, cálculo y habilidad. Se dice que el espíritu militar es el espíritu guerrero corrompido por los comerciantes. La guerra es un negocio más, con sus capítulos de pérdidas y ganancias, y esto sin hablar para nada de dinero. El espíritu éste es el que fríamente envía a morir de un modo inevitable a un regimiento para atender a combinaciones estratégicas.

Explicado así lo que son estos dos modos de comprender la guerra, es claro y evidente que el pri-

mero corresponde a los niños, y el segundo a los hombres; pero los dos conducen a lo mismo: a la brutalidad del exterminio inútil y salvaje.

Y hay que defender a los niños contra este viciado modo de sentir para que mañana, cuando sean ellos quienes gobiernen el mundo, no se sientan propensos a la guerra.

Hay quien dice, y tal vez con razón, que más daño hacen a la humanidad los fabricantes de juguetes bélicos que los fabricantes de cañones de verdad.

Sables de hoja de lata, pistolas de fulminantes, fusiles de juguete, cornetas, trompetas y tambores, cascos, roses, uniformes y, más modernamente, cañones, ametralladoras y tanques... Todos estos chiribolos, al parecer inofensivos, que hacen la delicia de los pequeñines, envenenan el almita pura y cándida y los hombres del mañana tendrán una fatídica propensión a la guerra. Sin estos fabricantes de juguetes, los fabricantes de cañones de verdad no tendrían nada que hacer, necesitarían cerrar sus fábricas.

Todo hombre sinceramente pacifista, cuya razón le diga que es una

barbaridad el que unos hombres se maten a otros sin saber por qué, o emborrachados de lirismos que esparce una prensa defensora de la guerra, no le debe regalar jamás a ningún niño, ni menos a sus hijos, un juguete militar.

Se ha llegado a proponer que se suprima en la enseñanza de la infancia la Historia, toda llena de heroicidades y de descripciones de guerras y batallas.

Realmente, el niño no es capaz de comprender aún que un bestia de fuerzas hercúleas, cargado con una armadura de 50 kilos de peso, sobre un caballo percherón, lanza en ristre, aunque matase a cuantos encontrase por delante, no tenía nada de héroe y sí mucho de bruto.

Costa pedía que se encerrase para siempre bajo siete llaves la leyenda del Cid.

En la época ya del militarismo, pasado el período guerrero, Napoleón nació con Termidor cuando murió Robespierre, para seguir matando gente, aunque fuese con procedimientos distintos. Todo esto no es fácil que lo digiera la infancia, que sólo ve los brillantes colores de la Historia, sin hacerse

## HOMBRES DEL MANANA

cargo del horror que abarca la palabra guerra.

No estaría mal, seguramente, aplazar la enseñanza de la Historia hasta cierta edad; pero eso no está a nuestro individual alcance, si de nuestros propios hijos no se trata, como el evitar, en lo posible, que jueguen a la guerra.

Y decimos "en lo posible", porque se trata de una de las cosas imposibles de evitar de una manera absoluta y radical.

Todos debemos recordar de nuestra infancia las rivalidades de grupos de chiquillos, de unas y otras calles y barrios, de una u otra clase. Quizá únicamente se hayan librado de estas banderías y de las escaramuzas consiguientes los niños del centro de grandes ciudades.

En las aldeas, la rivalidad existe con las aldeas próximas.

Y los padres deben poner todo su empeño en evitar que sus hijos se mezclen en tales jaleos, no ya

sólo para que no se eduje su alma en un sentido guerrero, sino porque en tales batallas infantiles, como ocurre en esta película, también hay con frecuencia sus víctimas.

¡Guerra de niños! ¡Horrible contrasentido! ¡Paradoja absurda, muy propia de la humanidad! Pero guerra, con sus fatales consecuencias también.

Y resumiremos cuanto hemos querido decir en este prólogo con muy pocas palabras.

Los padres tienen, en cuanto a la guerra, una gran responsabilidad, que afecta al porvenir humano y hasta al presente de sus hijos.

Y esta responsabilidad les aconseja no perder el control de sus hijos mientras se encuentren en la calle, sea con preguntas y consejos, sea con cierta acertada vigilancia, y no despertar en ellos aficiones marciales con el uso de juguetes guerreros.

# HOMBRES DEL MAÑANA

Argumento de la película

Esta película, cuyo argumento vamos a narrar, colosal producción del gran animador Frank Borzage, comienza con una visión sintética de la gran guerra, llena de horrores y de espanto.

Minas que estallan, nubes de tierras y de humo. Palmeras que brotan del suelo removido por la caída y la explosión de un obús, caótica pesadilla que nos amedrenta, y los hombres, moviéndose entre tanto horror, como autómatas, impulsados por la férrea fuerza de la disciplina militar, cuando no por el concepto del deber o por el

patriotismo, corren entre tan horribles peligros en busca de una muerte cierta, inevitable, porque sus jefes les mandan avanzar. Cuando éstos caigan, vendrán otros a substituirlos, para caer a su vez.

¡Esta es la guerra!

Y un combatiente tropieza contra unas alambradas erizadas de espinas, y otro vuela a consecuencia de una explosión, y otro cae fulminado, y todos, todos, se encuentran en la vorágine de exterminio, impulsados por la fuerza fatal determinante de la guerra.

La ira individual conduce a la

violencia: la ira colectiva, a la guerra, tanto más llena de horrores cuanto más adelanta la civilización, la técnica.

Y la violencia nada tiene que ver con la razón, ni mucho menos con algo que hay muy por encima aun de la razón: el mutuo acuerdo, la solidaridad humana, el amar los unos a los otros que predicó Cristo.

Mucho se ha escrito contra la guerra, que, no obstante, se cierne tétrica sobre el porvenir de la humanidad. Esta película, que la ridiculiza hasta cierto punto, tal vez sea más eficaz que otras que la describen con todos sus horrores, como en ésta se hace sintéticamente en las primeras escenas. Aunque simbolice cierto pesimismo al presentarnos a la infancia actual, los hombres del mañana, belicosa y admiradora de todas las virtudes militares.

Cualquier asunto que se ha de resolver, por muy trascendental que sea, debe ser resuelto con arreglo a la razón, porque para algo somos racionales. Y la guerra resuelve los asuntos prescindiendo de la razón, porque la fuerza bruta no es razón alguna. De manera que,

ideológicamente, la guerra es absurda.

Pero esto sólo debe preocuparnos hasta cierto punto, porque la vida de la humanidad se desarrolla entre incontables absurdos. Hay otro aspecto más humanitario y emocionante, que es el sentimental. La guerra representa la pérdida de numerosas vidas en flor, en plena juventud, llenas de ilusiones, de esperanzas, de amores, de alegrías. Y la guerra les siega despiadada y cruel, pisotea las rosas de la ilusión, transforma la alegría en una crucesita de madera, corta de cuajo el amor, transforma en cadáveres a lo más florido de la juventud de un pueblo.

Y esas víctimas de la guerra, jóvenes, casi niños, suelen tener madres, cuyo corazón quedará atormentado para siempre. Suelen tener novias, que conservarán, con las ilusiones perdidas, el melancólico recuerdo del novio que perdieron.

La guerra es, así, un manantial inagotable de dolor, no sólo del dolor físico que sufren los heridos antes de fallecer, sino, también, más importante, más grave, del dolor moral que sufren los su-

tos, sus padres, sus madres, sus hermanos, sus novias.

Y más grave es aún la circunstancia de que, en general, nadie va voluntariamente y por gusto a la guerra. Los combatientes, esos muchachos de los dos países enemigos en lucha, van a pelear porque se lo mandan, y ellos, particular e individualmente, no sienten el rencor ni el deseo de matar y, mucho menos, el deseo de morir.

La guerra es el más grande de los absurdos que la razón humana rechaza con horror. Todo cuanto propenda a hacer concebir claramente esta verdad y a adentrarla en el corazón de los hombres, es digno de loa. Así esta película.

Pero aun es más expresiva esta película en este primer aspecto suyo. Tras de estas escenas de guerra impregnada de horror, de destrucción y de muerte, aparece un inválido que declara patéticamente:

—¡Fusílenme, si quieren! ¿Qué importa que me maten mis compatriotas o mis enemigos? ¡Yo no le he hecho la guerra a nadie! ¡Estoy peleando contra mi voluntad! ¡Todas las guerras son injustas y salvajes! ¡Y el patriotismo una estu-

pidez! ¡No peleo más! ¡Que me fusilen si les da la gana! ¡No hay nada...!

Y en la película hay una mutación rápida, fulminante, apareciendo en la pantalla un señor atildadamente vestido, en contraposición con los trajes deshechos y sucios de campaña, que proclama solemnemente:

—Nada más grande, señores, que el patriotismo... ni más noble que morir en defensa de la patria. ¡El deber de todo hombre es sacrificarse cuando el enemigo amenaza el territorio nacional! ¡Nuestra única salvación está en las armas! ¡Estamos rodeados de enemigos y sólo la guerra nos permitirá defender nuestros derechos!

Y todo tiene en este mundo su pro y su contra; todo tiene dos caras, como el dios Jano, y, aunque la guerra sea horrible y absurda, no cabe duda de que el patriotismo es una cosa respetable, porque es un amor que sentimos por nuestra patria independientemente de nuestra voluntad, y todos los amores son dignos del máximo respeto.

Claro es que sería de desear que el patriotismo, el amor que sentimos por nuestra patria, se aplicase

a engrandecerla en actividades pacíficas, trabajando, estudiando, haciendo arte, elevando su civilización, y que la guerra continúa siempre constituyendo un absurdo.

¿Pero qué hacer ante un ataque injustificado de un enemigo que deseé desposeernos de lo nuestro, sojuzgarnos? La fuerza sólo puede ser contestada con la fuerza, porque se ríe de las razones y el patriotismo puede, en ocasiones, conducirnos lógicamente a pelear.

Como se ve, esto de la guerra y de la paz son cosas muy enrevesadas y nada superficiales.

Y desciende el objetivo y se ve que el auditorio está constituido por niños, sentados ante sus mesitas de trabajo. El orador es un profesor de instrucción primaria que explica una lección de Historia. Los chicos son florecillas humanas, pureza, inocencia, candor, hombres del mañana, aun no contaminados de los defectos hombrunos, pero hombrecitos ya.

Y los niños atendían la explicación del maestro, pero también pensaban en sus cosas. Uno de ellos escribió algo en un papel y se lo dió a otro, que, tras de leerlo, lo

transmitió a un tercero, y así el papel hizo su recorrido.

Hasta que sonó el repiqueteo de un timbre eléctrico, el profesor dió por terminado su discurso-lección y dijo:

—Es la hora; pueden marcharse.

Y todos los muchachos se levantaron alborotadamente de sus sillas y se dispusieron a abandonar la escuela; pero el profesor dijo:

—¡Alto; un momento!

Y nombró a cinco alumnos, añadiendo:

—Ustedes cinco se esperan. Los demás pueden marcharse.

Conforme los fué nombrando el profesor, en su cara se fué manifestando la sorpresa y el temor con un rictus diferente para cada uno, según su temperamento: Boka sonrió. Quizá, con lo vanidosillo que era, se enorgullecía de que se ocupasen de él, aunque no sería, seguramente, para nada bueno. Csonakos, con su cara de muchachote gordo y desgarbado, hizo una mueca que no se podía saber si era de alegría o de temor, si sonreía o se apuraba. El gesto de Gereb fué más soberbio y despectivo. Chele fué el menos expresivo, y Neme-

chek hizo un gesto que no quería decir nada.

Y, cuando los demás se hubieron marchado, quedando solo el profesor con los cinco alumnos, aquél, que mientras explicaba su lección pronunciando su discurso, parecía ajeno a todo y, no obstante, con su larga práctica escolar, no se le escapaba nada, dijo, dirigiéndose a uno de ellos:

—Boka, dame ese papel.

—¿Qué papel?

—El que se pasaron mientras yo daba la clase de Historia.

Y Boka metió la mano en el bolsillo izquierdo de su pantalón, sacando un papel, que entregó al profesor.

El papel decía:

“A las tres nos reuniremos para elegir presidente. Pasen la palabra.”

—¿Presidente de qué?

—De los muchachos de la calle de Paul.

—¿No les he prohibido formar clubs?—interrogó con la mayor severidad el maestro.

—Esto es distinto—repuso Boka—. Tenemos que defender el solar de la calle de Paul. Es el único espacio libre que hay en el vecindario donde podemos jugar. ¡Y daremos nuestras vidas por defendarlo!

—¿De quién?

—De “los camisas rojas”, que no nos dejan jugar.

—Hablaré con el director para que desbande a los “camisas rojas”... y a ustedes también.

—Nos han amenazado — intervino otro.

—Y usted nos acaba de decir— afirmó Boka—que debe uno sacrificarse para defender la patria.

—¡Esto es muy distinto! El club queda disuelto. No más reuniones. Les pesará si me entero de que me han desobedecido.

\*\*\*

Tras de aquel severo sermón y aquellas autoritarias palabras, cuando el profesor les dejó y salieron a la calle, preguntaron:

—Boka, ¿qué hacemos?

—Muchachos, a la calle de Paul.

¿Quién es capaz de refrenar la indomable voluntad de los niños? No hay prohibiciones ni amenazas que logren amedrentarlos, que eviten el que se salgan siempre con la suya. Además, se decían ellos, ¿qué le importaban al maestro estas cosas? Ellos defenderían su solar por encima de todo. Era suyo y bien suyo. Tenían sobre él el derecho del primer ocupante. Ya les daban mensualmente a los guardas, inválidos de la gran guerra, una gratificación recaudada entre todos. ¿Por qué los "camisas rojas", más desarrapados y algo golosos, se habían de adueñar del so-

lar para jugar en él? ¿Porque eran mayores y más fuertes? Pero ¿y el santo entusiasmo con que ellos defenderían una causa justa? Prescindiendo, pues, de las admoniciones del profesor, los cinco alumnos marcharon al solar de la calle de Paul y, por lo pronto, se consagraron, con entusiasmo digno de mejor causa, a darle patadas al balón, esa monomanía de los niños de ahora, que saben mantener la pelota largo rato en el aire con los pies y la cabeza, sin intervención de las manos.

Y jugaron con alboroto, con algarabía, con ese encanto de los juveniles años que responde a la necesidad de moverse, al dinamismo imperativo de la carne que crece. Y en el solar, bajo la mirada algo paternal de los guardas, con intervención del perro, que siempre ama

a los niños y gusta de jugar con ellos, todo fué alboroto y alegría infantil, hasta que llegó el momento de ocuparse de cosas más serias.

Había que organizarse, era indispensable defenderse contra los "camisas rojas" y, para ello, necesitaban perentoriamente una organización y un jefe. Había que elegir presidente.

Pero, antes de que se procediese a su elección, mediante la votación correspondiente, Nemechek, que era el más chico de todos, dió lugar a una escena pintoresca.

—Capitán— le dijo a Boka—, aquí todos son oficiales menos yo.

—Porque usted es el más pequeño—le contestó el capitán dándole el tratamiento de usted por tratarse de asuntos "del servicio".

—Si Chele no tuviera tacones altos, tendríamos la misma estatura.

—Silencio! Chele tiene una corneta y lo necesitamos.

—Yo puedo silbar las órdenes, capitán; yo sé silbar y silbo muy bien.

Y, metiendo dos dedos en su boca, Nemechek lanzó unos silbidos.

—Si no tuviéramos corneta, pasaría.

—¿Me permite que use quepis, como los otros?

—¡Imposible! Sólo lo pueden usar los oficiales.

—¡Eso es injusto! ¡El perro y yo somos aquí los únicos soldados! ¡Todos me mandan!

Y rompió a llorar con ese llanto ingenuo y fácil de la infancia.

—Miren cómo llora—dijo uno.

—Póngale una nota por llorar—ordenó Boka—. En letras pequeñas.

—Mi nombre es el único que siempre escriben con letras pequeñas—se quejó Nemechek cada vez más apenado.

—Si sigue llorando, le daremos de baja.

Y el secretario, encargado de anotar su nombre con letras pequeñas, le comunicó imperativamente:

—Sáquele punta a este lápiz!

Nemechek era un muchachito rubio, enclenque y raquíctico, que, todo lo más, tendría unos once años, mientras que los demás eran mayores y alguno llegaba tal vez a los catorce. Y todos abusaban de él, y él sentía, por ello, una amargura inmensa. ¿Qué haría él para

ser igual que los demás y no, siempre, el último mono? Y, además de raquítico, era desgarbado, carifeo, sin los encantos de la infancia, sin la sonrisa petulante de Boka, sin las muecas de aquel bruto de Csonakos, que siempre estaba comiendo plátanos. Cuando Nemechek sonreía, parecía que hacía un gesto de dolor, que le atormentaba sonreír.

Y, terminado el incidente, Nemechek se las lió con un panecillo enorme, abierto por medio y conteniendo algo apetitoso, mientras Csonakos sacaba del pecho un plátano, lo pelaba con cuidado y se lo comía con fruición a pequeños bocaditos.

¿En qué país ocurrían estos sucesos?

Pero podemos prescindir de la localidad y olvidar tales detalles. La acción es profundamente humana y, con variar los nombres, pudiera igualmente ocurrir en cualquier parte, porque los niños son en todas partes niños, el espíritu guerrero es algo universal, hondamente arraigado en el corazón humano y las madres aman en todas partes a sus hijos con igual apasionamiento.

Luego se procedió a la elección de presidente. Era necesario poner orden, ante la presión del enemigo, y terminar con aquel estado caótico, en el que cada cual se había asignado el grado o la categoría que había querido, menos el pobre Nemechek.

Dos eran los que soñaban con el cargo, con ser elegidos: por una parte, Boka, el muchacho algo regordete, de sonrisa enigmática siempre en los labios, vanidosillo y petulante, pero que era mirado con admiración por sus compañeros, porque tenía salida para todo; por otra parte, Gereb, valiente y decidido, con su chaquetilla corta, elegante y de moda, muchachito que también tendría trece o catorce años y que era apaz de todo, aunque era, también, poco reflexivo.

Uno de los guardas del solar procedió, como elemento neutral de toda confianza, a hacer el escrutinio, y tras de contar los votos, exclamó:

—¡Veintidós votos para Boka y sólo dos votos para Gereb!

—Yo voté a Gereb—dijo Csonakos con su sonrisa enigmática.

—Y el otro voto—añadió Boka—debe ser del propio Gereb.

Y, al decirlo, no pensó que confesaba que él también se había votado a sí mismo.

—¡Bah! — dijo Gereb despectivamente. Yo no quería ser elegido.

Y disimuló y se tragó el amargor de su derrota, que había de conducirle a algo inconfesable.

Aquellos alfereces, tenientes y capitanes, y el único soldado, el pobre Nemechek, ya tenían un presidente en aquel petulante Boka, que venía a asumir la responsabilidad de los acontecimientos ante el probable ataque de los "camisas rojas".

En vista de ello, Csonakos, con su cara gorda y abrutada, se sonrió sin que nadie pudiese comprobar

si se trataba de un gesto de alegría o de dolor, sacó del pecho otro plátano y se lo comió con deleite.

—Los "camisas rojas" — proclamó el flamante presidente— tratarán de quitarnos el solar. Pero los resistiremos, aunque nos declaren la guerra.

—¡Guerra! — gritaron con entusiasmo todos los chiquillos, sin comprender el terrible alcance de esa palabra fatídica.

Verdad es que se trataba de defender lo que ellos creían un sagrado derecho... Pero ¡guerra!

La guerra es siempre horrible, entre hombres o entre niños, aunque en ella florezca lozana la virtud del heroísmo. ¡Y aquellos niños eran los hombres del mañana!

\*\*\*

Cuatro de los niños de la calle de Paul jugaban con sus bolitas en la acera. Arrodillados en el bordillo, las arrojaban una a una y las

bolitas se iban acumulando contra la pared.

¡Dichosos los niños que con tan poca cosa se entretienen y dis-

frutan! Los hombres juegan a cosas más graves y peligrosas. Pero sería muy difícil asegurar que ponen los mayores, en sus juegos, más apasionamiento que los niños, aunque se trate del dinero, ese gran motor del mundo.

Las bolitas eran el dinero de los niños. El que ganaba y reunía muchas, se consideraba rico y podía jugar mucho y perder mucho impunemente, y también podía regalar algunas a sus amigos íntimos, y hasta podía venderlas.

Y las bolitas se iban acumulando sobre la acera, en espera de saber quién las ganaba, a qué bolsillo irían a parar.

Cuando aparecieron tres "camisas rojas" y, entre ellos, Feri Ates, que era su presidente.

Eran ya hombrecitos y, a su lado, los niños de la calle de Paul, parecían más niños. Los tres tenían seguramente más de catorce años, tal vez más de quince. Feri Ates, con su seriedad y con su chulería, parecía tener más, aunque resultaba de edad indefinida.

Y, así como los niños de la calle de Paul que conocemos, tenían todos el aspecto de hijos de familia, los "camisas rojas", al menos,

a juzgar por aquellos tres, tenían algo de agolfado, parecían más bien pilluelos y, seguramente, no iban a la escuela ni podían, por lo tanto, escuchar los doctos discursos del profesor sobre el patriotismo.

Uno de los cuatro niños de la calle de Paul que estaban jugando con las bolitas, en cuanto vió a los "camisas rojas", salió corriendo, sin hacer más caso del juego ni de las bolitas arriesgadas. Nemechek, que estaba arrodillado a su lado, intentó levantarse para huir a su vez, pero su compañero le detuvo, agarrándolo por el brazo.

—¡Los "camisas rojas"! — exclamó el cuarto.

—Les tienes miedo? —le preguntó el otro a Nemechek.

—Sí.

—Y yo también, pero hay que ocultarlo.

—Abusarán de nosotros, como siempre.

Y, llegando al trozo de acera ocupado por las bolitas, Feri Ates con sus dos amigos, dijo:

—Gané yo.

Y se agacharon y recogieron las bolitas, llenando con ellas sus bolsillos.

—¿Con qué derecho? — protestó uno de los niños.

—Cállese y ríndase — le dijo Feri Ates con su cara siempre seria y su gesto amenazador.

—Verás cómo se adueñan de la acera.

Y, efectivamente, se adueñaron y los tres niños se fueron sin bolitas y con el rabo entre las piernas, como vulgarmente se dice.

Luego, por el camino, dirigiéndose al solar, comentaban:

—No debíamos haber cedido.

Ya en el solar, Gereb le dijo a Boka, a quien le tenía seguramente mucha rabia tras de haber sido vencido en la elección:

—Feri Ates nos ha asaltado. Seguramente no se hubiera atrevido si usted no hubiera salido corriendo.

—Eso no volverá a suceder — dijo el presidente —. Ya hemos llegado al límite.

Y, como Nemechek quisiese de-

cir algo, le interrumpió:

—¡Cállese! ¡Estoy pensando! Gereb murmuraba:

—Boka no hará nada. Los "camisas rojas" se quedarán con el solar. Boka le teme a Feri Ates.

—¡Mentira! ¿Verdad que no, Boka?

—¡Silencio! — dijo éste, muy serio y poseído de su papel de presidente —. No quiero discusiones. Estoy convencido de que la situación es grave.

Los profundos pensamientos de Boka y su certeza sobre la gravedad de la situación, florecieron, por fin, en una orden general que apareció escrita en el interior de la puerta del solar y que decía:

“Orden general.

“Esta puerta debe permanecer cerrada.

“El que falte a esta orden será severamente castigado.

“El presidente,  
Boka.”

\*\*\*

Poco después ocurrió el primer acto patente de agresión. Hasta entonces, habían sido asaltos aislados. Podía pensarse que aquellos golfos que se agrupaban en la asociación de los "camisas rojas" eran piratas callejeros, que atropellaban a cuantos niños indefensos encontraban en la calle, sin que la sociedad de los niños de la calle de Paul pudiera afirmar que aquellos actos iban precisamente contra ella, porque los "camisas rojas" apetecían su solar. Ellos tenían donde reunirse—bien lo sabían los de la calle de Paul—y lo hacían en el Jardín Botánico, pero se trataba de un lugar público y sólo podían hacerlo por las noches, para celebrar sus asambleas, gracias a la complacencia de los guardas, comprados con propinas; pero allí no podían jugar de día dándole patadas al ba-

lón, y apetecían para ello el solar.

Y se presentó el primer caso de agresión descarada e innegable, verdadero "casus belli".

Feri Ates, acompañado de varios de los suyos, se presentó en el solar. Aquel día estaba de guardia el atolondrado de Nemechek, que dejó la puerta abierta, y los "camisas rojas" entraron, con gran miedo de Nemechek y de Héctor, el perro, arriaron la bandera de los niños de la calle de Paul y se la llevaron.

Era una provocación descarada. El primer paso para apoderarse del solar. Y eran, indudablemente, los más fuertes, de mayor edad, menos señoritos y capitaneados por Feri Ates y no por aquel vanidosillo de Boka.

Pero los niños se defendían; quien se cree injustamente atacado o desposeído, es capaz de llegar al

heroísmo. Y ante aquella injusticia que se quería cometer con ellos, se sentían más compenetrados, todos uno, formando un conjunto que no les sería tan fácil vencer a los "camisas rojas".

Pero el hecho era más grave, aun prescindiendo de la intención, que acusaba, de apoderarse del solar, no ya solamente por tratarse del primer acto de agresión descarada de sociedad a sociedad, sino, sobre todo, por tratarse de la bandera.

Una bandera, para un pensador superficial algo escéptico, no es más que un trozo de tela, unos colores. Pero para un pensador profundo, sea partidario o no de las banderas, es muchísimo más: es un simbolismo que arrastra a los hombres con fuerza irresistible.

Una bandera, tanto puede representar a una patria como a una ideología y, como consecuencia de una larga tradición y de la educación que hemos recibido, los patriotas creen ver en ella a la patria misma y los ideólogos su doctrina querida. Así es que la vista de la bandera que amamos despierta nuestra emoción y hace latir nuestro corazón aceleradamente. Una

ofensa inferida a nuestra bandera nos duele más que otra que directamente nos afecte y el entusiasmo que despierta la bandera es capaz de llevar a un combatiente al heroísmo.

Don Juan Prim, en la batalla de los Castillejos, con el modo decorativo que en aquella época se usaba para hacer la guerra, viendo la cosa perdida y la derrota inminente, montado en su caballo con su brillante uniforme, empuñó la bandera y se fué contra el enemigo, diciendo a sus soldados:

—El que la ame, que me siga.

Y la visión de la bandera flameando en manos de su general, que galopaba hacia las líneas enemigas, solo y decidido, electrizó a aquellos hombres, los embriagó de entusiasmo y corrieron todos tras de su general, cayendo como una avalancha sobre la morisma y conquistando una gran victoria.

La bandera de los niños de la calle de Paul no era más que un trozo de tela blanca, quizás con algunas letras; pero para ellos simbolizaba a su sociedad, al conjunto de todos ellos, a su solar, sus juegos, sus amistades, su camaradería, y ponían en ella todo el entusiasmo

que sentían por todas estas cosas, aumentado por la rivalidad de sus enemigos y por el rencor que despertaban en sus corazoncitos sus continuos atropellos.

Feri Ates había sabido herirles por la coyuntura más sensible y dolorosa. La indignación de los niños no podía ser mayor.

Pero seguramente eran mayores que aquella indignación la preocupación y la perplejidad del pequeño Nemechek, al pensar en su responsabilidad por haber sido cometido el robo estando él de guardia.

Y también era muy grave la preocupación de Boka ante la gravedad de las circunstancias, siendo él el obligado a tomar una determinación.

—¿Quién dejó la puerta abierta? — interrogó Boka con la mayor severidad.

—Sería Nemechek.

—Póngalo en la lista negra.

—Fué Feri Ates quien la dejó abierta cuando se marchó con la bandera — protestó ingenuamente Nemechek.

Y, mientras todos ardían de indignación, sumidos en la mayor incertidumbre, Boka pensó qué era

lo que debía hacer y, como suelen hacer los generales muchas veces cuando no encuentran salida a la situación, juzgó conveniente resolverla con un rasgo de valor personal.

—Empiezan por la bandera — les dijo a los demás— para buscarnos camorra y quedarse con el solar. Estamos atravesando una crisis. ¿Queréis perder la bandera y el solar?

—¡Nooo! — respondieron todos a una.

—Tenemos que recobrar la bandera! ¡Vamos al cuartel general de los "camisas rojas" a dejarles esta nota!

Y, petulante, leyó un papel en el que había escrito:

“Estuvimos aquí y nos llevamos la bandera.”

—Será una misión peligrosa... ¿Quiénes están dispuestos al sacrificio?

Y todos aquellos muchachos, que estaban formados en fila, poseídos del mayor entusiasmo, dieron un paso al frente como un solo muchacho... Es decir, todos no: todos menos Csonakos, que se quedó en su sitio, no por miedo ni por falta de entusiasmo, sino porque estaba

## H O M B R E S D E L M AÑAÑA

pensando en los plátanos, sin atender a las palabras del presidente. Hasta que se dió cuenta de que estaba fuera de fila y detrás de todos, y se incorporó a la línea sin que nadie se diese cuenta de nada.

—Imposible llevarlos a todos... Sólo necesito dos para que me acompañen.

—Lléveme — rogó Nemechek.

—Yo quiero sacrificar mi vida. Si me porto bien, quizá usted me ascienda.

El amor a su bandera, por una parte, y por otra la emulación, habían obrado el milagro, y aquel chiquillo que, a la vista de Feri Ates, quería salir corriendo y confessaba ingenuamente su miedo, pedía entonces con ansiedad tomar parte en una empresa arriesgada.

—Yo soy muy buen espía —dijo a su vez Csonakos—. Lléveme usted.

—Está bien. Iremos después de comer. Tal vez no volvamos, pero, vivos o muertos, recobraremos la bandera.

Y todos quedaron satisfechos y contentos. ¡Qué gran jefe tenían! ¡Qué valiente y osado! ¡Se arriesgaría personalmente, no encendiendo a ningún otro la peligrosa misión!

Las baladronadas, en asuntos de esta índole, siempre han sido eficaces y dado gran resultado. Boka era indudablemente muy listo.

Ya veríamos luego lo que haría, pero sólo con proponer la aventura y afrontarla, se cubría de gloria y de prestigio. Y se hacía acompañar por el infeliz Nemechek y por el embobado Csonakos, que nunca serían contra él testigos de cargo a quienes se les concediese importancia.

La ira, el temor y el atolondramiento que había despertado en todos aquel robo audaz y desconsiderado, cedieron ante la confianza en su jefe y todos se marcharon a comer a sus casas cuando obscurécía, comentando animadamente los acontecimientos, con ese calor ponderativo que pone en sus comentarios la infancia.

\* \* \*

Aquella noche, efectivamente, después de comer, los tres se dirigieron cautelosamente al Jardín Botánico.

Llegaron a su puerta y Nemechek, candorosamente, hizo sonar el timbre eléctrico, apresurándose Boka a detener su acción.

—Van a saber que estamos aquí.

—¿Cómo entraremos?

—Por encima de la verja. ¡No podemos irnos sin la bandera!

Contornearon la verja, buscando el sitio más indicado para saltarla y encontraron que ésta terminaba y era substituida por un muro de no mucha altura, más fácil de escalar. Entre Csonakos y Boka izaron a Nemechek. Cuando éste se encontró encaramado en el muro, subió Boka sobre los hombros de Csonakos, agarrándose a la cornisa y subiendo a flexión. Luego, ten-

dido boca abajo, alargó sus dos brazos a Csonakos, que agarró sus manos y consiguió también subir.

Una vez dentro del Jardín Botánico, ya en pleno campo enemigo, con el corazón sobresaltado, avanzaron con cautela entre las plantas exóticas. De pronto vieron cerca a dos muchachos, con dos lanzas de madera muy largas, tan altas como ellos o más, que estaban cuadrados militarmente, muy tiesos y rígidos, frente a frente, hablándose en voz baja. Después, uno de ellos se marchó.

—Están relevando centinelas —dijo Boka—. Tendremos que atravesar el lago.

—Yo sé nadar bajo el agua —aseguró petulantemente Nemechek.

—Debimos haberte dejado en casa —le reprendió Boka, porque hablaba demasiado alto, temeroso de

que el enemigo se diese cuenta de su presencia.

Y con la mayor seriedad, enfocó con sus gemelos la isla.

—La isla se ve sin necesidad de gemelos —aseveró cándidamente Nemechek.

—Esto lo usan todos los militares.

—¿Pongo el oído en tierra?

—No, ponlo en el agua.

Y Nemechek se tendió en el suelo, a la orilla del lago, y avanzó su cuerpo para poner el oído en el agua, pero midió mal las distancias y cayó en el líquido elemento, dándose un baño por sorpresa. Estaba visto que aquel chiquillo era una verdadera calamidad.

Sus dos compañeros le tendieron sus brazos y le ayudaron a salir.

—No me pasó nada.

—¡Qué lata! Seguramente oyeron el chapuzón.

—No, no oyeron nada.

—Vamos a adueñarnos de ese bote.

Y Boka penetró en un bote que

había arrimado a la orilla, pero, al intentar hacerlo, a su vez, Nemechek, volvió a caerse al agua, y fué necesario proceder de nuevo a su salvamento.

—Podías bañarte en tu casa —le dijo Boka, que, dirigiéndose a Csonakos, añadió:

—Quédate tú aquí y, si te ven, silba.

—¿Me quedo yo? Silbo mejor que Csonakos.

—No; puedes caerte...

Y Csonakos, sin decir palabra, se sentó junto a la orilla, sacó de su pecho un plátano y lo peló con cuidado, mientras el bote se alejaba hacia la isla. Pero, con la obscuridad de la noche, o tal vez porque la emoción hacía temblar sus manos, cuando fué a comérselo con fruición a bocaditos, notó que más de la mitad se le había caído al agua. Su cara se contrajo con su rictus habitual, que tenía algo de sonrisa y, filosóficamente, se comió lo que quedaba.

\* \* \*

Cuando Boka y Nemechek desembarcaron en la isla, quedaron deslumbrados por un espectáculo extraño y seductor para sus imaginaciones de chiquillos. Los "camisas rojas" tenían montada su sociedad con mucha más perfección que los niños de la calle de Paul y el espectáculo de sus reuniones nocturnas en aquel jardín vivamente iluminado, entre plantas exóticas, era realmente deslumbrador. No usaban quepis, como ellos, y tal vez porque no todos eran oficiales. Feri Ates usaba una gorilla que llevaba ladeada y los demás llevaban la cabeza descubierta. Pero todos tenían unas lanzas muy largas de madera, como las que habían visto en manos de los centinelas, arma no muy peligrosa, pero sumamente decorativa.

Aquella sociedad era el colmo

del modernismo, y hasta se llamaba de "camisas rojas", aunque no las usasen, y hasta tenían un jefe, Feri Ates, que estaba siempre muy serio.

Pero lo que más sorprendió a nuestros dos amiguitos, fué el ver entre los "camisas rojas" a Gereb, con su quepis y todo, hablando con ellos.

Se aproximaron cautelosamente y pudieron escuchar lo que hablaban, exclamando Nemechek:

—¿Usted ve lo que está pasando?

—Silencio.

—Tenemos que buscar otro sitio de reunión—decía Feri Ates—. El vigilante dice que hacemos mucho ruido.

Y todos pensaron en el famoso solar de la calle de Paul, en el que estarían como en su casa y en el

## H O M B R E S D E L M AÑAÑA

que podrían jugar durante el día a futbol.

¡El solar! ¡El solar! ¿Cómo conquistarla? Consultaron al traidor Gereb: para eso estaba allí.

—Hay dos maneras de entrar—dijo Gereb.

Indignado Nemechek murmuró a los oídos de Boka:

—Nuestro compañero es un traidor.

Y ponía en el calificativo, al pronunciarlo, todo el desprecio y el asco que le merecía aquella conducta. Aquella conducta, hija, seguramente, del resentimiento por no haber sido elegido presidente.

—Se puede entrar por debajo de las tablas y tomar con facilidad y por sorpresa el fuerte —continuó diciendo Gereb—. Yo estuve ayer allí. Nemechek estaba de guardia, pero es un pobre hombre.

Y Nemechek escuchó el insulto, sobresaltado de indignación su coroncito de niño.

—Queremos tomar la fortaleza peleando lealmente — le interrumpió Feri Ates—. ¿Quién se opondrá a que icemos allí nuestra bandera? Necesitamos el solar para jugar al futbol. Y hemos terminado. ¡Atención! Vamos a retirarnos.

Recojan las armas y guárdenlas... y no olviden la bandera del enemigo. Y cierren bien las puertas.

Y encerraron en la cajeta que tenían para ello, las lanzas de madera y la bandera de los niños de la calle de Paul, y cerraron bien, convenciéndose Boka y Nemechek de que les sería imposible llevarse la bandera que habían ido a buscar.

—Quizá no nos llevaremos la bandera — dijo Boka —, pero sabrán que estuvimos aquí.

Y, sacando el papel que llevaba preparado y que decía:

“Estuvimos aquí. Nos llevamos nuestra bandera”, horró la última parte con un trozo de lápiz y depositó el papel en sitio bien visible.

Pero los “camisas rojas”, antes de marcharse, vieron el papel, lo leyeron y exclamaron:

—¡Estuvieron aquí! Tal vez no estén lejos. Vamos a buscarlos.

Y emprendieron la persecución de nuestros dos amigos, que se apresuraron a atravesar el lago en el bote y unirse con Csonakos.

—¡Registrad el lago! —ordenaron.

Y salieron con faroles, buscando por todas partes, mientras los po-

bres niños, amedrentados, intentaban esconderse.

—¡Allá están! —gritó uno.

Y todos se dirigieron hacia donde se encontraban nuestros tres amigos que, intentando esconderse, penetraron en un invernadero.

Y, allí dentro, oyendo que se acercaban las pisadas de sus perseguidores, Boka y Csonakos se metieron en una de esa cajas cerradas por una cubierta inclinada de cristal que se emplean para hacer germinar en invierno ciertas semillas, pero cabían los dos con dificultad y no quedaba sitio para que se escondiera Nemechek.

—Y yo? —preguntó éste angustiado.

—Métete en el agua —respondió Boka.

Al lado de aquella caja había una fuente circular, en la que lucían su lozanía abundantes plantas acuáticas.

Y Nemechek, que ya estaba hecho una sopa por sus dos anteriores mojaduras, se metió en el agua, dejando fuera la cabeza, que cubrió con una hoja enorme de una planta acuática.

Sus perseguidores llegaron pronto allí y penetraron en el inverna-

dero, seguros de encontrarles, porque el calamidad de Nemechek, el primero que hizo, al entrar allí, fué encender la luz eléctrica.

Sin embargo, con enorme sorpresa, no encontraron a nadie, sin sospechar que los perseguidos pudieran encontrarse, unos en una caja de cultivo y otro en la fuente, bañándose, cubierto por una hoja de nenúfar, y se dijeron:

—Seguramente se escaparon por ahí.

Y por ahí salieron en persecución infructuosa, mientras, al ver que se alejaban, salían Boka y Csonakos de su escondite y le decían a Nemechek:

—Sal, Nemechek.

—¿Se fueron? —preguntó éste saliendo del agua.

—Estás algo húmedo.

—Un poco! —respondió el chico. Y luego, con su obsesión de hacer méritos para ascender, añadió: —¿Qué bien nos portamos!

—Qué bien se portaba! Y no era él solo. Eran los tres. La aventura había sido pintoresca y peligrosa. ¡Con qué fruición contaría al día siguiente a sus compañeros cuánto les había ocurrido, sin omitir detalle y aun inventando algu-

no! ¡Cómo se reirían de las tres mojaduras de Nemechek! Y lo más sensacional sería la noticia de la traición de Gereb.

¡Traición! ¡Maldita palabra! Nada hay para un corazón noble y honrado más despreciable que un traidor. Y aquel muchachito tan simpático, con su chaquetilla corta de moda, resultaba un traidor que facilitaba al enemigo datos para lograr la victoria.

—Vámonos! —ordenó Boka.

Pero, cuando iban a salir del invernadero, vieron que los rayos cruzaban el cielo por todas partes, escucharon el retumbar de los truenos y se dieron cuenta de que el agua caía torrencialmente sobre el suelo.

—¡Está lloviendo! —exclamó Csonakos.

—¡Por mí que diluvio! —exclamó Nuemechek, añadiendo: —Y ahora es la mía! En toda la noche no he podido silbar.

Y, metiéndose los dedos en la boca, lanzó un largo y fuerte silbido que los truenos no dejaron oír.

Y se marcharon a sus casas, a dormir, ansiosos de que llegase el

día siguiente, para contarles a sus amigos sus estupendas aventuras.

¡Aventura! Encantadora palabra que seduce todos los corazones y, más que otros, los corazones infantiles.

Aventura quiere decir salirse de la ruta trillada del aburrimiento cotidiano... correr peligros y vencerlos... sentir emociones fuertes... y, sobre todo, significarse y ser algo más que los demás que no corren aventuras.

Por eso los libros de aventuras seducen tanto a los niños, porque les hacen soñar despiertos con vivirlas ellos mismos.

Por eso, tras de correr las estupendas aventuras de aquella noche memorable, estaban tan ufanos, tan entusiasmados nuestros tres amigos y las comentaban con calor caminando de sus casas desde el Jardín Botánico, en medio del aguacero, bajo un cielo cruzado por centellas que, con la tempestad inesperada, venía a completar, como digno cofolón, tales aventuras.

Claro es que, por el camino, le contaron a Csonakos detalladamente cuánto habían visto y oído los otros dos desde la isla.

\*\*\*

Al día siguiente, Nemechek, con los tres remojones de la noche anterior y con su naturaleza raquítica, tenía un catarro que, con la tos, no le había dejado dormir, y menos a sus padres, inquietos ante tan persistente y tan seca, quienes se habían apresurado, por la mañana, a llamar al médico.

El padre de Nemechek era sastre. Un pobre sastre que no se afeitaba más que cada quince días o cada mes, y que él se lo hacía todo: cortar, coser, ribetear, ojetear.

Aquel día había terminado un traje y había que entregarlo, y el pequeño Nemechek le rogaba a su padre:

—Papá, déjame que lleve el traje.

—Imposible. Tienes un catarro muy fuerte y el médico ha prohibido que salgas a la calle. Tenemos,

hijo mío, demasiado trabajo para poder atender enfermos. ¿Por qué te empeñas en llevar el traje?

—Para comprarme un quepis con la propina que me den.

—¿Te dejarán usarlo?

—Me lo pondré, aunque sólo sea dentro de casa. Tal vez me asciendan a oficial, porque me porté muy bien en una misión muy peligrosa. ¡Déjame ir! El aire es bueno para el catarro.

—Tu mamá no quiere que vayas.

—Ya me siento mejor.

Y, al decirlo, comenzó a toser con tos seca y convulsiva.

—¿Qué quiere Nemechek? — preguntó, presentándose, la madre, mujer sumamente simpática.

—Llevar el traje.

—Esa es una excusa para irse a jugar.



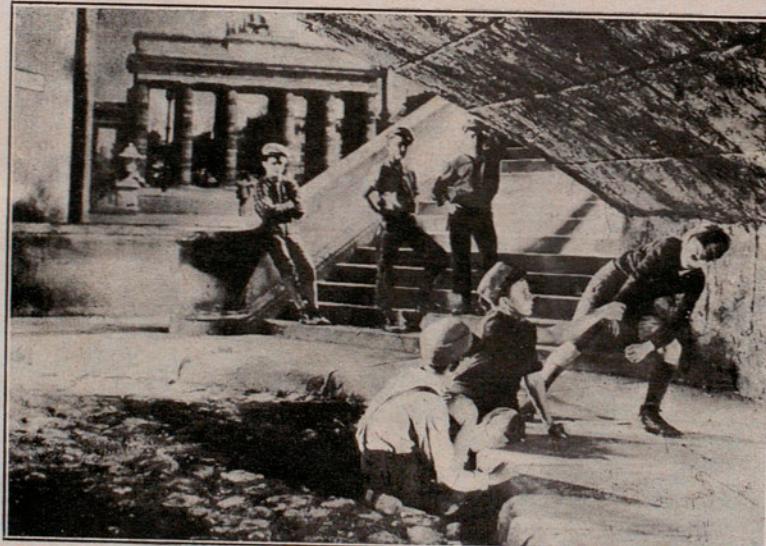
—¡Fusílenme, si quieren! ¡Estoy peleando contra mi voluntad!



El orador es un profesor de instrucción primaria que explica una lección de Historia.



—Si sigue llorando, le daremos de baja.



—¿Les tienes miedo?



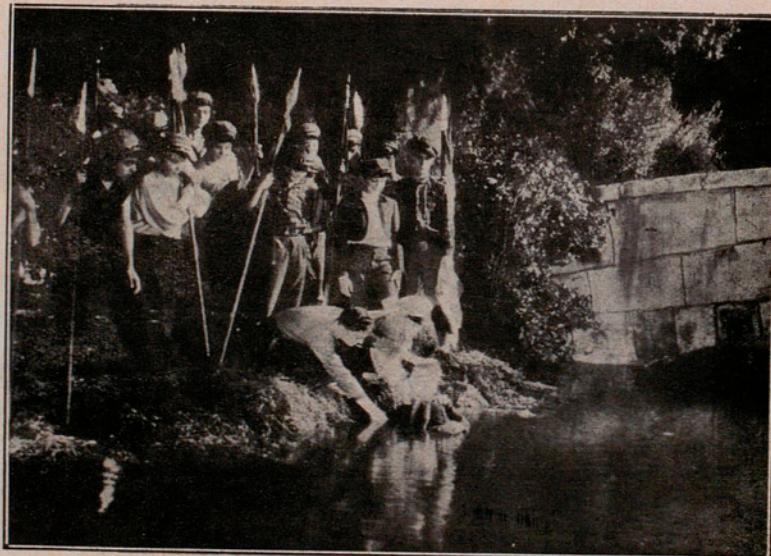
—Gané yo.



...arriaron la bandera de los niños de la calle de Paul y se la llevaron.



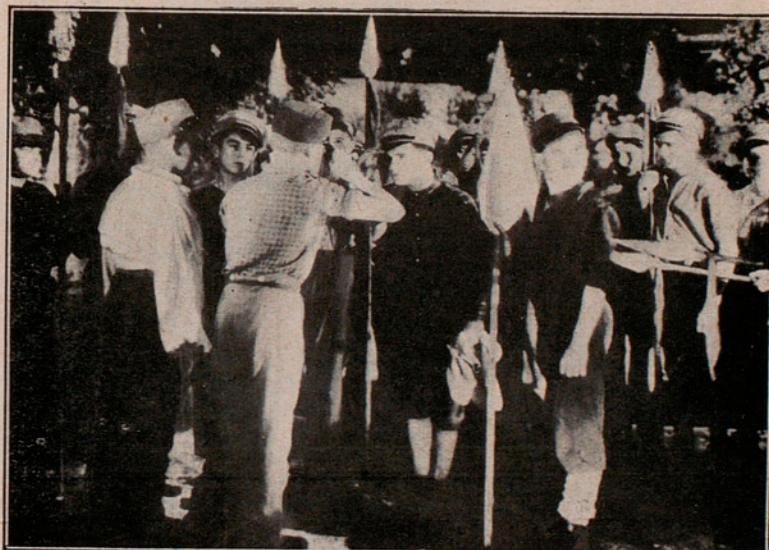
—No me he caído. Yo me tiré. Lo he oido todo.



—¿Qué tal el agua, rana?



—Venimos a saludarle en nombre de Feri Ates.



—Venimos en una misión.



Boka dirigió a sus amigos su última arenga.



...en la otra contemplaban los asaltantes la trinchera...



...en una de las pueras, de pie, amenazándose mutuamente con las lanzas...

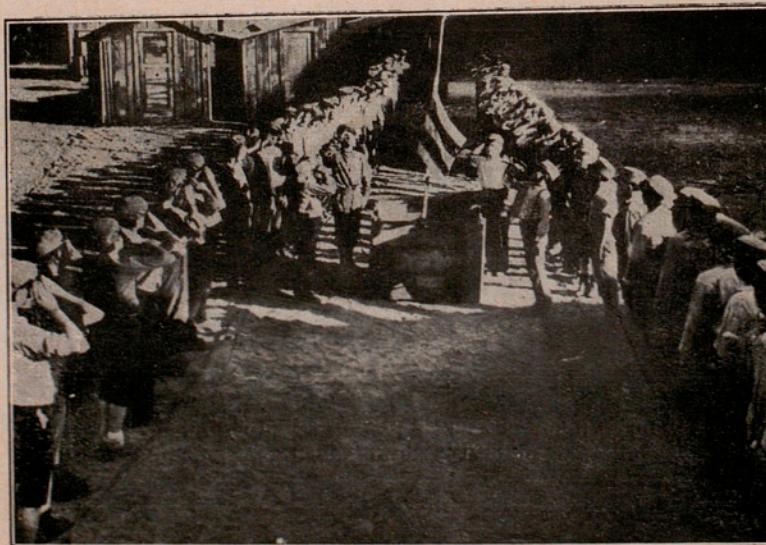


...le dió un golpe en la cara con el plátano hecho papilla...

## H O M B R E S D E L M AÑAÑA



Y, de repente, sin decir palabra, Nemechek se precipitó sobre la bandera que empuñaba su rival...



Las tropas de los dos bandos rivales estaban formadas en dos filas frente a frente...

Y Nemechek pensó en lo equivocada que estaba su madre. Para irse a jugar, se escaparía él cuando quisiera; pero llevar el traje era una ocasión única para lograr una propina y poder comprarse el quepis de sus ensueños.

Y el padre, tras de doblar cuidadosamente el traje sobre su brazo y cubrirlo con un trozo de tela, cariñosamente, le dijo:

—Si me dan propina, puede que te compre el quepis.

Y se marchó a entregar, mientras el chico pensaba que a las personas mayores, y menos al propio sastre, no se les suele dar propina. Su quepis soñado estaba cada vez más lejos. ¡Y con las ganas que tenía él de ponérselo, aunque sólo fuera en casa! ¡Y con las ganas que tenía de ascender a oficial, aunque no quedase más soldado que el perro

Héctor! ¡Y con lo bien que se había portado la noche anterior, corriendo peligros inauditos y cogiendo un catarro de abrigo! Le iba tomando el muchacho afición a la aventura. Durante ella, en los momentos de peligro, se le encogía el corazón, pero, luego, era muy grato recordarlo todo... ¿Y contarlo a los amigos, dejándoles estupefactos?

Pero cortó sus pensamientos su madre, sermoneándole:

—Hijo mío, te pasas el día en la calle.

—Probablemente habrá guerra, mamá.

—Bueno, que peleen sin ti.

—Pero es que soy el único soldado.

—Bueno; el doctor me dijo que no salieras a la calle. Ahora voy a traerte un plato de sopa.

\*\*\*

La noche de aquel día, estaban reunidos en su cuartel general los "camisas rojas".

Estaban reunidos con la habitual teatralidad: los dos centinelas, con sus lanzas, en la entrada de la pla-

zoleta, y se presentó el jefe Feri Ates.

Los dos centinelas de la entrada de la plazoleta saludaron inclinando las lanzas y los demás formaron en fila y el jefe saludó militarmen-  
te.

—¿Qué novedades hay? — pre-  
guntó Feri Ates.

Y el que estaba de guardia, res-  
pondió:

—La bandera que usted robó...  
—Capturé—corrigió el jefe.

—Ha desaparecido. No está en  
el arsenal.

—¿Faltan armas?

—No. Sólo la bandera ha sido  
capturada.

—Robada—corrigió de nuevo el  
jefe—. ¿Dejaron alguna huella?

—Sí, pequeñas huellas.

—Son los muchachos de la ca-  
lle de Paul. A ver, usted, Gereb,  
¿qué ha hecho?

—El solar — respondió Gereb  
—puede ser capturado pacífica-  
mente. Aunque ya no estoy con ellos, no  
quisiera que les hiciesen daño...

—¿Qué ha hecho usted?

—He dado dinero al vigilante  
para que los expulse.

—¡No queremos favores! —pro-

rrumpió Feri Ates—. ¡Para eso so-  
mos fuertes! ¡Si no nos dan el so-  
lar se lo quitaremos! ¿Qué se ha  
creído usted? ¡Si tiene miedo, lá-  
guese!

—Si yo fuera un cobarde, ¿cree  
usted que estaría aquí?

—¿Saben los de la calle de Paul  
que está con nosotros?

—Lo ignoran.

—¿Podrá ayudarnos mañana?

—Seguramente. Ellos no se atre-  
verán a sospechar de mí.

—¿Por qué?

—Porque me tienen miedo.

Y en esto, del árbol bajo el cual  
hablaban, cayó Nemechek con la  
bandera entre las manos.

—¡Nemechek! — exclamó Gereb.

—Sí, yo soy Nemechek. Vine a  
buscar nuestra bandera y aquí la  
tengo.

Aquel chiquillo tan tímido y tan  
torpe, espoleado por su cariño a la  
bandera y por su deseo de hacer  
méritos para ascender a oficial y,  
al mismo tiempo, embriagado por  
el encanto y el misterio de la aven-  
tura y el peligro, enfermo con un  
fuerte catarro, se había escapado de  
su casa y, él solo, había emprende-  
do la heroica aventura de resca-

tar la enseña sagrada de los niños  
de la calle de Paul.

—Me alegro de tu caída.

—No me he caído. Yo me tiré.  
Lo he oído todo. Así es que pue-  
den hacerme lo que quieran. ¡Soy  
uno contra todos ustedes! ¿Qué es-  
peran?

—¡Valiente muchacho! — exclamó Feri Ates.

—Era realmente valiente Neme-  
chek? En aquellos momentos sí,  
porque el valor es una cosa circuns-  
tancial, dependiente del estado de  
ánimo, de la situación del momen-  
to, de mil influencias distintas...

El valor es algo negativo: es au-  
sencia de miedo, como la obscuri-  
dad es ausencia de luz. La luz sí es  
una cosa efectiva, lo mismo que el  
miedo, que hasta produce determi-  
nados efectos fisiológicos.

El miedo es una superación del  
temor y éste es el racional conoci-  
miento de la parte adversa de las  
cosas. Para determinar nuestros ac-  
tos, nuestro raciocinio sopesa las  
ventajas y los inconvenientes y éstos  
determinan temores. La ausen-  
cia de temor no es valentía, sino  
temeridad, falta de seso.

Y falta de seso es también el  
miedo, o consecuencia de un fal-

so raciocinio, puesto que ya hemos  
dicho que es una superación injus-  
tificada del temor.

La ausencia de miedo constituye  
el valor, que es cualidad peculiar  
de una razón sana y equilibrada.  
El valiente sabe lo que arriesga,  
pero también conoce el valor de lo  
que aspira a conseguir, y, dándole  
más importancia a esta segunda  
parte, procede en consecuencia, es  
decir, con valentía.

—¿Quiere unirse con nosotros?  
—le preguntó a continuación el je-  
fe.

—¡Jamás! ¡Yo no traiciono a  
mis compañeros!

—¡Allá usted! Son muchos los  
que nos ruegan que los aceptemos.

—¿Qué hacemos con él?

—Es muy chico para pegarle.

—Vamos a darle un baño.

Y lo agarraron, lo llevaron a la  
orilla del estanque y lo arrojaron  
al agua. Cuando intentaba sacar la  
cabeza, una mano se apoyaba en  
ella, sumergiéndola, y así largo ra-  
to, hasta que Feri Ates gritó auto-  
ritariamente:

—¡Basta!

Y lo sacaron del agua hecho una  
sopa. ¡Y con el catarro que tenía!

Gereb, burlón, le preguntó:

—¿Qué tal se siente ahora?

—Mejor que usted. Prefiero el agua a hacer lo que usted ha hecho. Aunque me bañen mil veces más, volveré por la bandera. Y, si se creen que se van a quedar con el solar, están equivocados. Prefiero que me maten a ser traidor como...

Y un golpe de tos seca y convulsiva le cortó la palabra.

Todos le habían escuchado emocionados. Su valor y su entereza resultaban muy simpáticos. Su cariño por su bandera era la cosa más natural del mundo. Y su diatriba contra los traidores, todos la sentían intensamente, porque no hay nada más repulsivo que el traidor, sea por lo que sea. Todos pensaban en que también podía ser traicionada la causa que defendían. Hasta el propio Gereb se sentía intimamente avergonzado, arrepentido de su indigna conducta. Aquel chiquillo tan pequeño, tan niño, les había dado a todos una interesante lección de civismo y de hombría.

Y Nemechek tosía y tosía, agravado su catarro por aquel nuevo baño.

—Vete a tu casa—le dijo Feri Ates compadecido.

Y Nemechek dió media vuelta y rompió a andar, resistiendo sus pruritos de toser, raquíctico, desmedrado, figurilla, al parecer, risible entre aquellos mocetones.

Y Feri Ates ordenó:

—¡Saludo!

Y todos se llevaron la mano militarmente a la frente, cuadrados, rígidos y, al pasar frente a los dos centinelas de la entrada de la plazoleta, éstos levantaron sus lanzas y las inclinaron, tocándose casi ambas puntas, como un honor al héroe para que pasase bajo ellas.

El pequeño Nemechek, el último mono de los niños de la calle de Paul, el último soldado entre tantos oficiales, culminó aquella noche, impulsado por su amor a su bandera y por su emulación, en un florecimiento de heroísmo y era, en aquellos momentos, más grande que todos sus compañeros, que el fatuo Boka, que el grandullón Csonakos, que Chele, con su cornetín, y, desde luego, inmensamente más grande que el traidor Gereb. Los "camisas rojas", los enemigos eternos, aquellos grandullones, habían reconocido su valor y su razón y lo habían despedido con todos los honores.

Pero él marchaba a su casa con paso vacilante, con el corazón muy alto, pero con los pulmones deshechos... tosiendo... tosiendo... y re-

cordando cómo le chapuzaron en el agua, poniéndole una mano en la cabeza y le decían:

—¡Rana! ¿Cómo está el agua?

\* \* \*

Al día siguiente apareció en el portón del solar, en aquel portón que tenía un cerrojo inverosímil, formado por un hierro redondo torcido en una de sus puntas para más fácil manejo, un cartelón que decía:

“El enemigo nos amenaza”.

“Nuestro solar está en peligro”.

“Los “camisas rojas” preparan un ataque”.

“Espero que todos vosotros cumpliréis con vuestro deber”.

“El presidente”

BOKA.

Boka, por lo visto, todo lo arreglaba con proclamas y bálatronadas. Pero también quería documentarse y leía con profunda

atención un libro en cuya cubierta aparecía este título:

“Los grandes estrategas de la guerra europea”.

Tras de leer detenidamente un par de capítulos, allí en el solar, subido en un camión, les dijo a los demás muchachos con gran prosopopeya:

—Ya sé lo que he de hacer. El enemigo es más fuerte que nosotros y, para triunfar, necesitaremos utilizar la estrategia.

Sonrió vanidosamente, encantado de la atención que todos le prestaban, y continuó así:

—Dividiremos el ejército en dos partes. De esa manera podremos defender las dos entradas. Será una batalla decisiva. El que no

quiéra pelear, que dé un paso al frente.

Naturalmente, como esperaba Boka, nadie se movió, preguntando alguien:

—¿Gereb?

—Por ahora —respondió Boka — nos ocuparemos de cosas más importantes. He aquí el mapa.

Y extendió sobre el suelo del camión, alrededor del cual todos se agruparon, el plano del solar.

Realmente, aquello era para asombrar a aquellos muchachos. ¡El mapa del campo de batalla y todo! Indudablemente, Boka no sabía una palabra de materia guerra, pero era un gran maestro en el arte de "epatar" y embaucar a sus compañeros.

Con el "mapa" a la vista, Boka explicó:

—Fíjense bien en el mapa. ¡Somos sistemáticos! Los fuertes uno, dos y tres serán reforzados con sacos de arena. Las divisiones C y D defenderán este lado y las divisiones A y B se harán cargo de la entrada principal. Cuando nos ataquen, ordenaré retirada, y entonces...

—¿Entonces qué?

—No lo sé. Voy a leer dos capítulos más.

Y, mientras todos estaban maravillados de sus méritos y encantados de haberlo elegido presidente, él añadió:

—Necesito un ayudante. Nemechek demostró anoche su valentía y, por lo tanto, lo nombré mi ayudante.

—Los ayudantes deben ser oficiales ¿verdad? —preguntó Nemechek.

—¿Acepta el puesto o no?

—Si me ascendieran, yo sería oficial y ayudante al mismo tiempo.

—Después de la batalla hablaremos.

—Ni siquiera será posible borrar mi nombre del libro negro?

—Ahora no podemos ocuparnos de esas pequeñeces. Preparen los hombres y hagan las bolsas de arena.

En esto se presentó Gereb, diciéndole a Boka:

—Vengo a hablar con usted.

—¡Váyase inmediatamente!

—No he venido como espía, sino como amigo.

—¡Traidor!

—¡No sé por qué hice eso! Aquí

está la bandera que Nemechek trató de recuperar.

Y, como alguno fuese a cogerla, loco de alegría al volverla a ver en el solar, Boka le gritó:

—¡Déjelas! Llévesela a Feri Ates y dígale que mañana se la quitaremos.

—¿Y si no pueden? ¿Y si los derrotan?

Y entonces, Boka demostró que si era un mal general, tenía salidas retóricas, geniales, contestando:

—Los derrotados no necesitan bandera.

—Sé que hice mal, pero estoy arrepentido: perdóname.

—Perdonado está...

—¿Entonces puedo volver?

—No.

—¿Ni con ninguna condición?

—No.

Y el traidor arrepentido se marchó desesperado, lloroso.

Nemechek les había contado a sus compañeros su aventura de la noche anterior, pero no les había dicho que, al marcharse, todos los camisas rojas se llevaron la mano a la frente en saludo militar por orden de Feri Ates, ni que las lan-

zas le rindieron honores, y no procedió así por modestia, sino porque no se enteró de ello, aturdido como iba, tiritando, recudecido el catarro por el baño.

Pero Gereb lo había presenciado todo y mil encontrados pensamientos habían brotado alborotadamente en su cerebro. ¡El último mono de los niños de la calle de Paul despertando la admiración de los camisas rojas! ¡Esa banda tan bien organizada de muchachos mayores que ellos rindiéndole honores! ¡Y cómo contrastaba la conducta de Nemechek con la suya! Los camisas rojas lo trataban con cierto desprecio por ser traidor. Y experimentó a la vez remordimientos y envidia por Nemechek. Y recordó a los suyos, volviendo a avisarse el cariño natural que por ellos sentía. Había hecho mal en obedecer los consejos de su envidia y rencor por la derrota electoral y estaba arrepentido de todo corazón, pero él les devolvería su amada bandera y ellos le perdonarían.

Y, puesto su proyecto en práctica, resultaba que no le perdonaban. Ya no tendría amigos, ni los unos ni los otros, y todos lo seña-

larián con el dedo como manchado con el estigma de traidor.

Y Gereb salió del solar desesperado.

Cuando salió Gereb, Nemechek tuvo un ataque de tos, una tos cavernosa, que convulsionaba todo su cuerpo.

—Oiga—le dijo Boka—. Usted no ha debido salir.

—No tengo nada; me siento muy bien.

—No lo parece, siéntese...

Y, poco rato después, llamaban a la puerta, presentándose el padre de Gereb, preguntando:

—¿Por qué expulsaron ustedes a mi hijo Gereb?

—Porque nos trajo.

—¿En qué forma?

—No sé—contestó Boka, a quien le daba pena informar al padre de la conducta vergonzosa de su hijo.

—¿Quién de ustedes le vió? ¡Vamos, hablen!

Y Boka, señalando a Nemechek que estaba sentado allí cerca, contestó:

—¿Ve aquel muchacho rubio? El le dirá lo que pasa.

Llamaron a Nemechek, que creía que lo hacían para que se marchase a casa y protestó:

—Estoy bien, déjenme; no quiero perder nada.

Y el padre de Gereb le dijo:

—Soy el padre de Gereb. Llegó a casa llorando y me dijo que ustedes lo acusan de traidor. Si es verdad, lo castigaré como se merece. Dígame usted: ¿Es mi hijo traidor?

Y Nemechek contestó:

—No, señor.

—Ya lo suponía. Fué que tomaron en serio la palabra de este niño. Le diré a Gereb que vuelva... Le deben ustedes una satisfacción.

Y se marchó el padre de Gereb satisfecho.

¡Qué inmenso contenido de generosidad cabe en el corazón de un niño! Y ello se debe, indudablemente, a su ternura, a que no está curtido aún por los acontecimientos y por los desengaños. Nemechek, sin saber cómo les parecería a sus compañeros, negó. Y era también aquella negativa obra de la que pudiéramos llamar solidaridad infantil. El niño siente rudimentariamente el concepto de que la humanidad se divide en dos grupos: los niños y los padres. Estos últimos tienen para ellos la magnitud de un dios, al que respetan

los camisas rojas. Lo que no lograba fácilmente era darle su marcialidad. El centinela que estaba encaramado sobre un montón de tablones, al que ellos llamaban "la fortaleza", estaba sentado en cuclillas y con la lanza, demasiado larga para él, inclinada.

## HOMBRES DEL MANANA

y temen, pero al que, de cuando en cuando, burlan y engañan. Y, por solidaridad infantil, todo niño propende siempre a ponerse al lado de cualquier otro niño y frente a su padre.

Pero aquel rasgo de Nemechek complació extraordinariamente a todos sus compañeros. Boka le dijo:

—Usted es todo un hombre!

Y en esto, se repitió un golpe de tos que lo dejó maltrecho, rendido.

—Yo le acompañaré a usted a su casa.

Y lo acompañó, sosteniéndolo, porque su paso era vacilante. Tenía fiebre indudablemente y deliraba. Saludó, diciendo:

—Buenas tardes, maestro.

—No veo al maestro—dijo Boka.

—Mi nombre está en el libro negro, y con letras pequeñas!

—Ya se arreglará, no te preocunes!...

\* \* \*

Al día siguiente eran de prever grandes acontecimientos. Así es que, en cuanto salieron de sus respectivas escuelas, todos los niños de la calle de Paul se reunieron en el solar. Sólo faltaban dos: Nemechek y Gereb.

Boka había pensado y madurado mucho cuento debía hacer, comenzando por proveer a su gente de lanzas de madera como las de

los camisas rojas. Lo que no lograba fácilmente era darle su marcialidad. El centinela que estaba encaramado sobre un montón de tablones, al que ellos llamaban "la fortaleza", estaba sentado en cuclillas y con la lanza, demasiado larga para él, inclinada.

Boka formó a sus niños en fila y les comunicó:

—Chele será mi ayudante hasta

que Nemechek se ponga bueno. Las circunstancias me obligan a renunciar a la presidencia...

(Gesto general de estupor).

... y ascenderme a general.

(Saitsfacción general).

—Gereb viene hacia acá—gritó el centinela.

—Csonakos, abra la puerta.

Descorrió Csonakos el extraño y complicado cerrojo y entró Gereb avergonzado, mohino y temeroso.

—Vengo —dijo— porque supe que ustedes le mintieron a mi padre para salvarme.

—Nemechek no quiso que le castigaran.

—Rompí con Feri Ates y le dije que hasta la muerte les sería fiel a ustedes. Trataron de pegarme, pero me escapé...

—¡Eso es mentira!

—¡De ahora en adelante, prometo ser el más leal de todos!...

¡Si quiere, degrádeme! ¡Pelearé como soldado raso!... ¡Les suplico que me dejen tomar parte en la batalla!... ¡Perdónenme!

Estas palabras y esta actitud conmovieron a todos.

Boka, tendiendo también a la clemencia, les dijo:

—Ya Nemechek lo perdonó. ¿Qué dicen ustedes?

Y todos contestaron unánime y espontáneamente que sí.

—Servirá como soldado raso a las órdenes del teniente Kolnar. Si se porta bien, lo rehabilitaré. Lo que Gereb hizo es como si no hubiera ocurrido... De eso no hay que hablar.

Y, en esto, el centinela gritó:

—¡General, el enemigo!

Y todos corrieron con presteza a ocupar sus puestos.

Y el centinela añadió:

—Son tres y traen una bandera blanca.

—Mire bien, antes de gritar. Los otros vuelvan a sus puestos. ¡Abra la puerta!

Y entraron los tres emisarios de Feri Ates.

—Venimos con una misión — dijo uno de ellos.

—Ya puede hablar.

—Nuestro General en Jefe, Feri Ates, les declara la guerra... A las tres en punto, estaremos aquí... ¿Qué le digo?

—Aceptamos su decisión. Adviértale a su General que pelearemos cuerpo a cuerpo y con bolas de arena.

## HOMBRES DEL MANANA

—¿Nemechek está enfermo?

—Sí, grave.

—Queremos visitarlo. ¿Dónde vive?

—En la calle de Raikes, número 3.

—Hasta la vista.

—Hasta la batalla.

Y los emisarios de Feri Ates se marcharon, dejando hondamente preocupado a Boka.

¿Conque el enemigo se preocupaba por la salud de Nemechek y quería visitarlo, seguramente en nombre de Feri Ates?

La figura esmirriada de aquel chiquillo tomaba proporciones colosales.

Luego contó Gereb como, cuando se marchó del Jardín Botánico, ordenó Feri Ates:

—¡Saludo!

Y como las lanzas se inclinaron en su honor.

Todas las guerras son originadas por la envidia, que engendra luego el odio. Y si la envidia individual es una cosa mala, la envidia colectiva es horrible.

El más fuerte envidia al más débil los territorios que desea conquistar, su comercio floreciente, sus regiones industriales, su cultu-

ra... algo. Y el más débil envidia al más fuerte su potencia, su superioridad; y de estas envidias nacen los odios colectivos que hacen posibles las guerras.

Pero toda envidia representa indudablemente una admiración. Los enemigos se admirán mutuamente, aunque no quieran confesárselo.

Y los niños de la calle de Paul, odiando a los camisas rojas que siempre los atropellaban y que pretendían arrebatarles su solar, envidiaban su fuerza y su organización y, por lo tanto, los admiraban.

¡Y aquellos enemigos tan admirados como envidiados y odiados, admiraban a su vez a Nemechek!

¡Y le rendían los honores máximos después de propinarle un baño! El pequeño Nemechek, tan tímido, tan raquíctico, tan poquita cosa, se engrandecía ante los ojos de sus compañeros y amigos hasta tomar las proporciones de un héroe. De un héroe legendario, porque la leyenda la forjaron inmediatamente sus imaginaciones infantiles.

Y Boka pensó que si Feri Ates enviaba a sus emisarios a visitar a Nemechek, él debía visitarlo en persona y demostrarle el afecto que todos sus compañeros le tenían.

\* \* \*

El pobre Nemechek se encontraba en su cama enfermo con alta fiebre, delirando a ratos, viendo visiones y, de cuando en cuando, se metía dos dedos en la boca y silbaba.

Su madre, apenadísima, sufría esas horribles angustias que sienten todas las madres cuando enferman sus hijos, aunque sin darse cuenta de la gravedad del chiquillo.

Se trataba sencillamente de un catarro, pero el muchacho tenía la complexión raquítica de un pretuberculoso y la enfermedad atacó a sus pulmones, acentuándose en su gravedad.

Su padre atendía a su taller de sastrería modestísimo, en el que él lo hacía todo, pendiente de los ruidos que llegaban del interior de la

casa, de la tos de su hijo, de sus palabras, de sus silbidos.

Llegaron los emisarios de Feri Ates, uno de los cuales llevaba aún la bandera blanca de parlamentario, y la madre los introdujo en la alcoba junto al lecho del enfermo.

—Venimos a saludarle en nombre de Feri Ates—le dijeron.

—¡Feri Ates es mi enemigo!

—Sí, pero admira su valentía.

—¿Cuando será la batalla?

—Esta tarde a las tres.

—¡No podré ir!

—Por culpa nuestra enfermó.

—Nos perdona?

—Sí, sí.

Y los emisarios de Feri Ates se marcharon, dejando perplejo al muchacho, angustiado, sobre todo, por la inminencia de la lucha y por su imposibilidad de tomar parte en ella.

## HOMBRES DEL MANANA

Entretanto, se presentaban tres niños enviados por Boka, en el Cuartel General de los Camisas rojas, llevando también una bandera blanca.

—¡Alto! ¿Quién vive?—les gritó el centinela amenazándoles con su lanza de madera.

—Venimos en una misión.

Y Feri Ates les recibió y les escuchó:

—Aquí está nuestra bandera. La rescataremos en el campo de batalla. Si lo logramos, el triunfo será nuestro; y si no, perderemos.

—La llevaremos a la batalla— respondió Feri Ates.

¡En buen lio se había metido el general Boka! La victoria o la derrota, en toda batalla, depende de mil circunstancias: número de bajas, ocupación o abandono de una posición, quedarse ocupando el campo de batalla, consecución o no consecución de un objetivo... Y muchas veces los dos bandos combatientes se adjudican la victoria y se creen haber ganado, y de buena fe, no por baladronada, a causa de que miran los acontecimientos desde diferentes puntos de vista.

En la batalla que nos ocupa, la pretensión de los camisas rojas era

desalojar a los muchachos de la calle de Paul del solar donde jugaban y lógicamente, triunfarían si lo lograban y lo harían sus adversarios si conseguían conservarlo.

Y Boka proponía que dependiese la victoria de la reconquista de la bandera, cosa mucho más difícil para aquellos niños contra aquellos grandullones, que conservar una posición que había de ser tomada por asalto.

Pero, eso sí, era más sentimental y romántico, más bonito lo de la bandera y los niños gustan de vestir de poesía romántica todos sus actos. O, por lo menos, sueñan con ello, lo ambicionan.

—¿Qué hora es?—le preguntaba, entretanto, el pequeño Nemechek a su madre.

—La una.

—Sólo quedan dos horas!

Y la madre, alarmadísima, llena de congoja, pensando siempre en la posible muerte de su hijo, le preguntó ansiosa:

—¿Qué dijiste, hijo mío?

Y llegó el médico que le tomó el pulso, consultando su reloj y luego le auscultó el pecho, aplicando directamente su oreja sobre él y escuchando los silbidos del aire en

aquellos pulmoncitos deshechos, como antes comprobó, por el pulso, la alta fiebre. La madre le miraba con angustia la cara, ansiosa de sorprender un gesto aclaratorio, pero la cara del doctor era muda e impasible como la de la Esfinge.

—¿Cómo está, doctor?

Y el doctor permaneció mudo, sin contestar la pregunta y salió de la alcoba.

La misión del médico es un verdadero sacerdocio, en el que siempre tiene que estar pendiente, tanto del estado de los pacientes como del de sus familiares. Conocedores los médicos por su larga práctica de los grandes que son los tormentos de una madre al lado del lecho del dolor en el que se agita su hijo, saben bien cuanta discreción es necesario emplear para no torturar más el corazón maternal y no ignoran que esos dolores morales constituyen muchas veces enfermedades aún mucho más graves que la del hijo que los motiva.

Y el buen médico, auscultando a un enfermo bajo la mirada ansiosa de la madre, ha de tener cara de piedra, que no deje entrever en el menor gesto lo que los signos exte-

riores de la enfermedad le van enseñando sobre su gravedad e importancia.

Los padres son otra cosa, sin que amen a sus hijos menos intensamente. Pero el alma viril sabe aco-gotar el dolor y resistirlo con más bríos que el alma femenina, sin desfallecimientos, sin peligro de enfermar.

Y, por otra parte, aunque se le oculte a la madre, en casos de gravedad es indispensable que alguien lo sepa de la familia.

Ya fuera, en el taller de sastrería, habló con el padre, que había salido tras de él, y le dijo:

—Señor Nemechek: no quise decir nada delante de su esposa, pero su hijo está grave.

—Si no es más que un catarro!

—La enfermedad se ha complicado y el chico está muy débil.

—Entonces, usted cree que...

Y el doctor le dió en silencio una respuesta elocuente con su cara muy seria y muy triste.

—¿Qué podemos hacer, Dios mío? Mire, doctor, nosotros somos muy pobres, pero yo le haré a usted un traje, lo que usted quiera... pero sálvelo.

Y en la voz angustiada del pa-

dre había trémulos emocionantes de súplica ansiosa.

—Si se agrava, avísenme inmediatamente.

Salió la madre que había estado dentro, esperando ansiosamente aquel momento de preguntarle a su marido el diagnóstico del médico, lleno el corazón de angustiosa incertidumbre.

—¿Qué dijo el médico?

Y el padre hizo un esfuerzo heroico, aparentó serena tranquilidad y respondió con la mayor naturalidad que pudo:

—¡Que... que pronto estará bien! ¡Y que no debemos preocuparnos!

Al salir el doctor a la calle, le abordaron los tres emisarios de Ferri Ates, que lo habían visto entrar y habían esperado a que saliera.

—¿Cómo está el enfermo?

—Muy grave.

Y en el rostro de aquellos muchachos se pintó el más amargo desconsuelo. Indudablemente sentían con todo su corazón la gravedad del pequeño Nemechek y les remordía la conciencia el haberle dado aquel baño fatal.

Poco después se presentó junto a la cama de Nemechek el general Boka que venía también a saludar-

le y a interesarse por su salud, diciéndole:

—¡Una buena noticia! Aceptamos a Gereb como soldado y a ti te hemos ascendido a capitán.

—¡Imposible!

—¡Certísimo; eres el capitán Nemechek!

—No puedo ser capitán figurando en el libro negro mi nombre.

—Ya no. Ahora tu nombre está en letras grandes.

—Mentira. Usted me dice eso porque estoy enfermo para darme ánimos.

—Es la pura verdad. Y te traigo tu quepis de oficial que te hemos comprado entre todos.

Y, de una sombrerera de cartón que había entrado en la mano y había depositado debajo de la cama, extrajo un quepis nuevo y flamante, como nunca lo había soñado Nemechek.

El enfermito lo miró loco de alegría y aun algo receloso y, por fin, se lo encasquetó. ¡Qué placer más grande era para él el poder tocarse la cabeza con aquella prenda tan ambicionada! ¡Ya no sería el único soldado! ¡Ya no mandarían todos en él! ¡Y él mandaría en los tenientes y en los alfereces! Con

la fiebre, aquellas ideas le daban vueltas vertiginosamente en la cabeza y le mareaban.

Boka añadió:

—También traje el libro para leerte el decreto. Mira, dice así:

“La siguiente disposición fué aprobada y consignada en el libro oficial.”

—La resolución dice:

“Erno Nemechek será ascendido a capitán y su nombre será escrito con letras mayúsculas.”

Entretanto, mientras Boka leía, Nemechek se había quedado dormido, abrumado su cerebro por el batiótear de las ideas deformadas por la fiebre.

—Se ha dormido — dijo Boka, despidiéndose de la madre del enfermo —, luego volveré.

\* \* \*

Se aproximaba la hora de la pelea y Boka lo revisaba e inspeccionaba todo y daba sus últimas disposiciones, gozando del vanidoso placer de mandar y del agrado de afrontar las máximas responsabilidades, cuando se le acercó Gereb, le saludó militarmente y le dijo:

—Mi general: el puesto que ocupo es bastante peligroso, pero yo le ruego que me coloque en el de más peligro en las trincheras de primera fila.

Gereb nunca había sido cobarde, pero entonces su valentía se encontraba espoleada por su deseo ansioso de una rehabilitación. Comprendía su culpa y deseaba lavarla en el Jordán de unos cuantos puñetazos bien dados o bien recibidos. El general lo complació.

Luego Boka pasó revista a todo. En las trincheras se amontonaron tras del parapeto, abundantes municiones, constituidas por bolsas de papel blanco llenas de arena. En esto llevaban ellos la ventaja, por

que el enemigo no podía traer tantas como ellos habían preparado allí. Y las que lanzaran contra él no podían ser devueltas, utilizadas por segunda vez, porque al chocar se rompián, esparciendo la arena en forma de nube que cegaba al adversario.

—Ayudante — preguntó —. ¿Y las bombas de reserva?

—Están en el arsenal.

—Si iniciamos una huída y el enemigo nos persigue, lo dejaremos encerrado. Vamos a ver cómo funciona eso.

En el solar había cuatro o cinco barracones pequeños de madera, todos con dos puertas. Estas se cerraban por fuera con una tranca de madera que encajaba en un resalto adecuado. Pero se habían ingeniado aquellos chiquillos en hacer que se cerrasen las puertas ellas solas, mediante un contrapeso y una cuerda que, tras de pasar por unas poleas, tiraba de ellas cerrándolas y haciendo funcionar, al mismo tiempo, la tranca. Y las puertas eran mantenidas abiertas por unas cuerdas que tiraban de ellas y que iban a parar a un cajón colocado en un punto dominante, encima de “la fortaleza”, cajón ocupado por Csonakos que muy bien pudiera ser el autor e inventor de combinación tan ingeniosa.

¡Qué cosas se les ocurren a los niños! Y es que en ellos predomina, sobre las demás cualidades anímicas, la imaginación.

El mecanismo era tosco y primitivo, formado por cuerdas comunes de cáñamo. Los contrapesos que tiraban de ellas eran paquetes llenos de arena.

Pero el caso es que el mecanismo funcionaba a la perfección con seguridad absoluta. Cuando Csonakos cortaba una cuerda de las que sostenían abierta una puerta, ésta, obedeciendo al contrapeso que tiraba de ella, se movía lentamente al principio, pero con movimiento acelerado, con la aceleración debida a la gravedad, acabando por cerrarse rápidamente con un fuerte golpe.

Y el conseguir hacer prisioneros con aquellas ratoneras, no sólo restaría hombres al enemigo durante la pelea, sino que, además, sería un timbre de gloria para ellos y originaría después un pintoresco e importante rescate.

Csonakos, cuchillo en mano, estaba allí arriba atento a los aconte-

la fiebre, aquellas ideas le daban vueltas vertiginosamente en la cabeza y le mareaban.

Boka añadió:

—También traje el libro para leerte el decreto. Mira, dice así:

“La siguiente disposición fué aprobada y consignada en el libro oficial.”

—La resolución dice:

“Erno Nemechek será ascendido a capitán y su nombre será escrito con letras mayúsculas.”

Entretanto, mientras Boka leía, Nemechek se había quedado dormido, abrumado su cerebro por el batiólar de las ideas deformadas por la fiebre.

—Se ha dormido — dijo Boka, despidiéndose de la madre del enfermo —, luego volveré.

\*\*\*

Se aproximaba la hora de la pelea y Boka lo revisaba e inspeccionaba todo y daba sus últimas disposiciones, gozando del vanidoso placer de mandar y del agrí dulce de afrontar las máximas responsabilidades, cuando se le acercó Gereb, le saludó militarmente y le dijo:

—Mi general: el puesto que ocupo es bastante peligroso, pero yo le ruego que me coloque en el de más peligro en las trincheras de primera fila.

Gereb nunca había sido cobarde, pero entonces su valentía se encontraba espoleada por su deseo ansioso de una rehabilitación. Comprendía su culpa y deseaba lavarla en el Jordán de unos cuantos puñetazos bien dados o bien recibidos. El general lo complació.

Luego Boka pasó revista a todo. En las trincheras se amontonaron tras del parapeto, abundantes municiones, constituidas por bolsas de papel blanco llenas de arena. En esto llevaban ellos la ventaja, por-

que el enemigo no podía traer tantas como ellos habían preparado allí. Y las que lanzaran contra él no podían ser devueltas, utilizadas por segunda vez, porque al chocar se rompían, esparciendo la arena en forma de nube que cegaba al adversario.

—Ayudante — preguntó —. ¿Y las bombas de reserva?

—Están en el arsenal.

—Si iniciamos una huída y el enemigo nos persigue, lo dejaremos encerrado. Vamos a ver cómo funciona eso.

En el solar había cuatro o cinco barracones pequeños de madera, todos con dos puertas. Estas se cerraban por fuera con una tranca de madera que encajaba en un resalto adecuado. Pero se habían ingeniado aquellos chiquillos en hacer que se cerrasen las puertas ellas solas, mediante un contrapeso y una cuerda que, tras de pasar por unas poleas, tiraba de ellas cerrándolas y haciendo funcionar, al mismo tiempo, la tranca. Y las puertas eran mantenidas abiertas por unas cuerdas que tiraban de ellas y que iban a parar a un cajón colocado en un punto dominante, encima de “la fortaleza”, cajón ocupado por Csonakos que muy bien pudiera ser el autor e inventor de combinación tan ingeniosa.

¡Qué cosas se les ocurren a los niños! Y es que en ellos predomina, sobre las demás cualidades anímicas, la imaginación.

El mecanismo era tosco y primitivo, formado por cuerdas comunes de cáñamo. Los contrapesos que tiraban de ellas eran paquetes llenos de arena.

Pero el caso es que el mecanismo funcionaba a la perfección con seguridad absoluta. Cuando Csonakos cortaba una cuerda de las que sostenían abierta una puerta, ésta, obedeciendo al contrapeso que tiraba de ella, se movía lentamente al principio, pero con movimiento acelerado, con la aceleración debida a la gravedad, acabando por cerrarse rapidísimamente con un fuerte golpe.

Y el conseguir hacer prisioneros con aquellas ratoneras, no sólo restaría hombres al enemigo durante la pelea, sino que, además, sería un timbre de gloria para ellos y originaría después un pintoresco e importante rescate.

Csonakos, cuchillo en mano, estaba allí arriba atento a los aconte-

cimientos para hacer que las puertas se cerrasen en el momento oportuno.

Y, efectivamente, en aquel ensayo definitivo, Csonakos, a indicaciones de Boka, siempre con su sonrisa algo idiota, fué cortando las cuerdas correspondientes a las puertas que el general indicaba, y dichas puertas se cerraban y se atrancaban sólidamente por fuera. Luego no hubo más que hacer un pequeño nudo para que el mecanismo siguiera listo y pronto a funcionar.

Entretanto Nemechek se despertó febril en su cama y le preguntó a su madre:

—¿Y Boka?

—Se ha ido, pero dijo que volvería.

—Se fué a pelear. Yo también tengo que ir. ¡Dame mi ropa!

Y el padre, alarmado por aquel estado delirante del enfermo, le dijo a la madre:

—Ve y avisa al doctor.

—Dadme mi quepis.

—Cuando te pongas bueno—le prometió el padre para apaciguarlo mientras la madre se arreglaba para salir a la calle— te compran-

ré un clarín y un uniforme. Y te compraré una canana y un fusil.

—Voy a avisar al doctor—dijo la madre saliendo de casa.

Y, apenas salió la madre, llegó un cliente inoportuno. Era un señor inmensamente gordo, de esos que hacen sudar a los sastres, no sólo porque consumen más tela, sino también porque las costuras son mucho más largas. Y además de ser muy gordo, era muy exigente.

—¿Está ya el traje?

—Ya está terminado. Le daremos la prueba definitiva para ver si le cae a usted bien.

Y el pobre padre, aturrido, pendiente de los ruidos que llegaban del cuarto de su hijo, sin saber lo que hacía ni poner atención en ello, procedió a probarle la americana a aquel señor tan gordo.

El pequeño Nemechek, entretanto, sufría un acceso de delirio y de una manera confusa, como envuelta en neblina, veía la figura de Boka, que tan severo había sido siempre con él y le parecía escuchar su voz que le recriminaba.

—¿Qué quiere? — preguntó con ansiedad.

—Cobarde; mientras nosotros peligramos tú estás tranquilo en la

cama! ¡Poco te importa que perdamos el solar! ¡Tú no eres más que un cobarde!

Y el enfermo, febril, creyendo que era verdad cuanto su imaginación calenturienta forjaba, se tiró de la cama, silbó y respondió:

—Espera, ya voy.

Su padre no daba pie con bola ni atendía a la prueba, pendiente de los ruidos y de los silbidos que procedían del interior, hasta el punto de llamar la atención de su cliente, que le preguntó:

—¿Qué le pasa?

—Perdone, señor, mi hijo está muy enfermo.

—¿Y por qué silba?

—No sé, señor. Así se ha pasado todo el día.

—Lo siento... Esta americana me aprieta un poco aquí, en el sobaco.

Y el padre, con el jaboncillo, de una manera automática, aguzando el oído porque le parecía oír ruidos extraños, marcó en la tela la señal convencional para corregir más tarde aquel defecto.

—Las mangas me parecen cortas...

Y volvió el jaboncillo a funcionar trazando en las puntas de las

mangas unas rayitas paralelas a su reborde.

—Quiero las hombreras más altas...

¡Y el pobre sastre sin poder acudir al lado de su hijo!

—¿Cuándo me lo entregarás?

—Espere hasta el sábado, señor. ¡Mi hijo está tan grave!

—Lo siento mucho, pero ya usted sabe que estoy de viaje...

Y aquel señor, indudablemente, no era un egoísta. Era sencillamente un inconsciente que no se daba cuenta de las circunstancias.

¡Cuántas veces sin darnos cuenta de ello habremos atormentado en forma parecida a alguien! Uno piensa en sus cosas, en sus preocupaciones, en sus esperanzas y para poderlo hacer con más facilidad, procura aislarlo del mundo exterior, y no se preocupa de nada ni se fija en nada más que en lo que a uno mismo le atañe.

Al dependiente, al subordinado, al criado, hasta al mismo amigo que se cree obligado a atendernos, es muy fácil atormentarlo en forma parecida, siempre de manera inconsciente, sin saberlo, sin darse cuenta de nada. Si se lo hicieran a

uno saber exclamaría: ¡Quién lo hubiera pensado!

Pero el caso es que aquel señor gordo entretuvo con sus exigencias, que él creía muy justificadas, durante largo rato al sastre, dando

ocasión a que el pequeño Nemechek en su delirio, se arrojase de la cama, se vistiese y se escapase de casa.

.....

.....

\*\*\*

Se acercaban las tres, la hora de la pelea, y Boka dirigió a los suyos su última arenga:

—Formación—ordenó.

Y todos los niños de la calle de Paul formaron en línea con sus lanzas.

—¡El triunfo depende de ustedes! ¡Recuerden que nuestro solar está en peligro! ¡Si perdimos nos arrojarán de él! ¡Si logramos rechazar al enemigo...!

—¡Ya vienen!—gritó el centinela—. ¡El enemigo!

—¡A su puesto cada uno! ¡Abran las puertas!

Y todos corrieron a situarse en el puesto que se les había señalado,

los unos con sus lanzas en ristre, frente a una de las puertas, y los otros frente a la otra, agazapados en su trinchera.

Era otra equivocación romántica de Boka. Querían quitarles el solar y les abría las puertas. ¡Cuánto más difícil no les hubiera sido a los camisas rojas conquistar lo teniendo que echarlas abajo o que saltar por encima de los muros de cerca! Pero ya hemos visto que Boka había propuesto que dependiese la victoria de la posesión de la bandera y para ello era necesario facilitar la entrada de ésta abriendo las puertas de par en par.

En la calle no hubieran podido

guerrear. Lo hubieran impedido los guardias. Y aquel solar, tan apropiado para jugar al fútbol, era también lugar muy adecuado para sostener una batalla. Allí podían romperse a puñetazos las narices y magullarse con los paquetes de arena sin el peligro de la intervención de otra potencia: de los guardias de orden público, representantes de la autoridad.

Y los unos esperaban frente a una puerta, lanza en ristre, gallardos y marciales, sintiéndose todos satisfechos de su gesto, y los otros se encontraban frente a la otra puerta, agazapados en su trinchera, esperando sorprender al enemigo con una lluvia inopinada de bolsas de arena, mientras Csonakos se encontraba en lo alto de la fortaleza cuchillo en mano, agazapado en su cajón, dispuesto a cortar cada cuerda en su momento oportuno.

Y en las puertas abiertas se presentó el enemigo y durante algunos momentos se encontraron ambos adversarios frente a frente, contemplándose y amenazándose, pero sin acometerse; en una de las puertas, de pie, apuntándose mutuamente con las lanzas de madera, pero sin decidirse los atacantes a atacar;

en la otra contemplaban los asaltantes la trinchera y sospechaban que tras de ellas se encontraba el enemigo dispuesto a apedrearlos, y levantaban amenazadoramente sus brazos armados con bolsas de arena, dispuestos a arrojar sus proyectiles con la mayor violencia posible.

Esta incertidumbre en el primer momento del ataque se ha dado incontables veces en la guerra, en todas las guerras. Cuenta don Jaime el Conquistador en su Crónica que, cuando fué a conquistar la isla de Mallorca, en el momento de emprender el ataque de su capital para tomarla por asalto, tras de oír todos, formados en orden de combate, una misa solemne rezada por un obispo, dió la voz de "¡Adelante!", y nadie se movió hasta que gritó: ¡Baldón! ¡Vergüenza! ¡Cobardía! ¡Los buenos que me sigan!" y todos corrieron tras él a asaltar las murallas defendidas por los moros.

Por fin, la agresión partió de la trinchera y las bolas de arena cayeron con furia sobre sus enemigos en horrible avalancha, porque los de la calle de Paul no tenían necesidad de economizar sus municiones, y aquellos proyectiles, aunque

no podían producir, como las piedras, heridas de gravedad, hacían daño, aturdían. Los camisas rojas recibían bolsas de arena que les golpeaban furiosamente en la cabeza, en la cara, en el pecho, en los hombros y al chocar, se rompía el papel y la arena formaba una espesa nube que los cegaba. Ellos respondieron también en la misma forma y pronto la batalla se generalizó.

Y los proyectiles cruzaban el aire en todas direcciones, mientras en la otra puerta se peleaba cuerpo a cuerpo, a puñetazos, a brazo partido, haciendo pronto inútiles las lanzas, más decorativas que eficaces.

El perro *Héctor*, a pesar de su nombre de gran guerrero, se asustó enormemente y se escondió tras de una rueda, entre cuyos rayos penetraban las bolsas de arena con gran inquietud suya, siendo alcanzado por algunas.

Los dos guardias inválidos se apresuraron a refugiarse en su caseta y comentaron entre sí:

—¡Cuidado no pierdas el otro brazo!

—Peleando por un solar!

—Este solar es Bélgica, es Alsacia-Lorena, es Manchuria. Todas

las guerras son iguales. Las de hoy, las de ayer... y las de mañana.

Y seguía la pelea enfurecida, entremezclados los enemigos. Gereb peleaba a brazo partido con un adversario mucho más fuerte que él. Ambos rodaban por el suelo, estando Gereb unas veces encima y otras debajo, pero peleando con verdadero valor, con verdadera rabia.

De pronto unos cuantos iniciaron una retirada y salieron corriendo, perseguidos por los enemigos con quienes habían estado peleando, dirigiéndose a una de las casetas de dos puertas. Csonakos, desde su atalaya, sonrió levemente y preparó el cuchillo. Penetraron los fugitivos en la caseta por una de las puertas y salieron por la otra que inmediatamente se cerró. Los perseguidores penetraron en la caseta también y encontrándola vacía y cerrada la otra puerta, intentaron vanamente abrirla, hasta que, convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, volvieron pasos atrás y se encontraron cerrada igualmente por fuera la puerta por donde habían entrado.

Desesperados y furiosos por haber caído en aquella trampa, golpearon ferozmente las paredes, pe-

ro era imposible romperlas, tenían que resignarse a permaner allí encerrados, prisioneros, cazados como ratones.

Y la operación se repitió dos o tres veces y Csonakos estaba en su gloria, cuchillo en mano, cortando cuerdas con la mayor precisión y en el momento justo.

Pero luego, cuando llegó la oportunidad, aun cortó otras cuerdas, y unos sacos que había colgados en lo alto, llenos de bolsas de arena, dejaron caer una lluvia de proyectiles sobre el enemigo que se encontraba debajo.

Pero mientras abajo se continuaba peleando por todas partes y todos recibían sus correspondientes coscorrones y allí arriba Csonakos creía no correr peligro alguno, a pesar de lo fructuoso de su labor, de repente una bolsa de arena se rompió sobre el cajón que le servía de menguado refugio. Luego pasaron otras silbando junto a su cabeza. El muchacho se agazapó cuanto pudo en el cajón, pero quedaban el pecho y la cabeza a descuberto. Lo habían visto. Es lo peor que puede ocurrirle a un tirador en la guerra. Descubierto por el enemigo, se dedica éste a cazarlo, y las balas le-

vantan constantemente nubes de tierra a su alrededor hasta que una le acierta.

Y así le pasó a Csonakos. El adversario que la había tomado con él seguía apedreándole y afinó la puntería hasta que uno de los proyectiles se estrelló sobre el pecho del muchacho, esparciendo una nube cegadora de arena.

Nuestro amigo, al sentirse herido, metió su mano bajo su blusa y la sacó... ¿manchada de sangre? No, agarrando un plátano aplastado, deshecho. Y en su cara se retrató aquel gesto característico suyo que esta vez acusaba contrariedad y dolor. Y como ya no siguiesen viéndole proyectiles, se quedó de pie con el plátano en la mano contemplándolo. ¡Le habían herido en lo más doloroso para él!

Pero el enemigo que había estado disparando sobre él, no se contentaba con haberle acertado con un proyectil en pleno pecho, y se dirigió a la fortaleza y comenzó a escalarla, poniendo los pies en unos tablones que sobresalían, sin que Csonakos se diese cuenta de nada.

Grande fué, pues, su sorpresa cuando se encontró allá arriba fren-

te a frente con su enemigo, mucho más alto y más fuerte que él.

Pero nuestro amigo no se amedrentaba fácilmente. Le dió un golpe en la cara con el plátano hecho papillas por el proyectil, dejándole bien marcado y aturdiéndole, y luego

le atizó un empujón que le hizo rodar maderas abajo hasta caer al fondo de la trinchera. La destrucción de su plátano quedaba vengada con el porrazo y hasta con el ludibrio del plátano pintado en la cara.

\*\*\*

Y, cuando más enardecida estaba la pelea, sin que se pudiese hacer vaticinios sobre quién sería el vencedor, se presentó en el campo de batalla Nemechek con su quipis, los ojos brillantes de fiebre, delirantes, poseído por la obsesión de la lucha.

Allí vió a Feri Ates en pie con la bandera que les había arrebata do y se dirigió resueltamente a él.

Feri Ates le saludó militarmen te y él respondió en igual forma y durante unos instantes estuvieron mirándose.

Los demás muchachos advirtie ron su presencia y suspendie ron la pelea. Era una tregua espon

tánea ante un hecho insólito. Sa bían todos que estaba muy grave y se lo veían llegar allí y encararse con Feri Ates. Y todos rodearon el grupo que formaban los dos.

Y de repente, sin decir palabra, Nemechek se precipitó sobre la bandera que empuñaba su rival, luchando como un leoncillo para arrebatarla.

Y ambos rodaron por el suelo, tirando siempre de la bandera Ne mechek y procurando Feri Ates no hacerle daño.

Y los demás contemplaban todos con admiración, estupor y ansiedad, aquella lucha desigual, olvidando de zurrarse entre sí. Tal debió ser

la actitud de los ejércitos que presenciaron la lucha de los Horacios y los Curacios, que pelearon en representación de los suyos para evitar un gran derramamiento de sangre, conviniendo ambas partes en que aquella lucha decidiera la victoria y la derrota.

Por fin Feri Ates consiguió inmovilizar al chiquillo, tendido en tierra sobre él y sujetándolo fuertemente contra el suelo con sus dos manos apoyadas en sus hombros. Así permaneció un rato mientras los demás contemplaban la escena en silencio, con asombro.

¡Qué valentía la de aquel chiquillo! Levantarse de la cama estando gravemente enfermo y atreverse a luchar cuerpo a cuerpo con el mismo Feri Ates para intentar arrebatarle la bandera. Y no hacía muchos días lo habían visto llorar. ¿Es que no tiene nada que ver las lágrimas con la valentía? Y ya lo tenía su adversario vencido, dominando bajo el peso de su corpachón de hombre el cuerpecillo raquí tico de aquel pobre niño, inmóvil, sin hablar, sin quejarse.

Pero Feri Ates sintió la frialdad de aquellos hombros que oprimía con sus manos sobre el suelo, que

traspasaba la ropita y lo helaba su biéndole por los brazos.

—¡Está helado! — exclamó.

Y, efectivamente, estaba helado, con el helor cadavérico, muerto. La crisis nerviosa que en el delirio de la fiebre le había llevado allí, había completado su obra abreviando su agonía. El pobre Nemechek estaba muerto. Muerto heroicamente en el campo de batalla.

Y no se diga que no había muerto a manos del enemigo sino a consecuencia de una enfermedad. La enfermedad había sido contraída precisamente a causa de su lucha con sus adversarios y moría en el campo de batalla, peleando cuerpo a cuerpo.

En todas las guerras, muchas veces, las penalidades de la vida de campaña ocasionan más bajas que el enemigo con sus proyectiles y sus bayonetas. Sin embargo, en general, se le concede menos mérito a las enfermedades que a los heridos y las recompensas son menos importantes. Pero en el caso de Nemechek no se trataba de las penalidades de la vida de campaña, sino de la campaña misma. El enemigo le había "herido" con un baño, con una pulmonía, cuando su audaz

aventura nocturna en busca de la bandera.

Merecía, pues, los máximos honores por su conducta adornada por todas las virtudes militares: amor a la bandera, emulación, osadía, valor, perseverancia...

Y estaba muerto.

Lo comprobó Feri Ates y se incorporó horrorizado. El cadáver quedó tendido en tierra, rígido, con las facciones descompuestas, con la amarillez de la muerte. La emoción de todos aquellos muchachos era inmensa. Pocos de entre ellos, quizás ninguno, había visto en sus cortos años la muerte cara a cara. No era como en las guerras de verdad en las que se insensibiliza el corazón y tras de una batalla se entierra a los muertos con un diez por ciento de emoción y un noventa por ciento de alegría por haber escapado.

Y todos los ojos de aquellos muchachos, los de la calle de Paul y los camisas rojas, se cuajaron de

lágrimas, esas lágrimas fáciles y puras de los niños. Todos lloraban como no hacía mucho había llorado Nemechek porque no le ascendían a oficial.

Ya era capitán, había muerto viendo antes logrados sus anhelos y cubriéndose de gloria por su valentía sin igual. Y todos sus compañeros recordaban cosas pretéritas que les ocasionaban en aquellos momentos amargos remordimientos, vejaciones, desprecios, burlas que le habían hecho, por ser el más pequeño, sin sospechar lo grande que era.

Y nadie pensaba en reanudar la pelea. No ocasionaba tampoco aquella muerte nuevos resentimientos, porque Feri Ates no había matado a Nemechek, sino que éste se había muerto solo. Todos habían notado perfectamente que el jefe de los camisas rojas, en su lucha cuerpo a cuerpo, había procurado no hacerle daño a su rival.

.....

\*\*\*

Y, en esto, llegó la madre de Nemechek desolada buscando a su hijo que se había escapado del lecho y de la casa mientras ella había ido a buscar al médico y su marido atendía a un cliente.

Y, en cuanto entró en el solar, vió a todos los muchachos muy callados y llorosos rodeando el cuerpo del hijo tendido en tierra y se precipitó sobre él, abrazándolo y cubriéndolo de besos.

Estaba helado. Pero ella no quería dar fe a sus sentidos y quería hacerle entrar de nuevo en calor a fuerza de abrazos y de besos.

Así permaneció largo rato arrodillada junto al cuerpo de su hijo, acariciándolo con transportes de cariño maternal, mientras la emoción de los otros niños subía de punto, angustiando sus corazoncitos y haciendo que las lágrimas se despren-

dieran de los ojos y rodasen hacia abajo por los mejillas infantiles.

Hasta que la madre se convenció de que su hijo estaba muerto y se pintó en su rostro la más horrible desesperación, el más amargo dolor.

Era su hijo, el hijo de sus entrañas, su único hijo, el niño, más que querido adorado. Ella lo había dado al mundo con dolores y luego lo había atendido día por día durante once años. Y cuántas alegrías y cuántas pequeñas pesadumbres le había proporcionado! Cuántas preocupaciones y cuántos proyectos para el porvenir!

Y todo se había acabado de una vez para siempre, de una manera repentina, brusca e inesperada. Ella no podía sospechar que aquella enfermedad amenazase seriamente la vida de su hijo. Y se había escapa-

do de su lecho en estado febril y estaba muerto. ¡Muerto! Todo se había acabado para siempre. Preocupaciones, ilusiones, caricias. Ya no volvería a oír su adorada vocesita plañidera e implorante con dejos de niño mimado. Lo enterrarían y ya no lo volvería a ver. ¿Qué objeto tendría, en adelante, para ella la vida? ¿Por qué no se moría ella allí mismo, de repente, junto al adorado cadáver de su hijito? Y llegó un momento en el que ya no discurría ni pensaba, sentía únicamente. Sentía una angustia horrible, un dolor inmenso, una desesperación sin límites. Y, maquinalmente, cogió del suelo el cuerpecito de su hijo adorado, se incorporó, cargó con él y se puso en marcha hacia su casa.

Caminaba lenta, automáticamente, abstraída en su dolor, con la mirada perdida en el espacio, llevando en sus brazos el cuerpecito del pequeño Nemechek. Detrás de ella, compungidos, llorosos, con el corazón en un puño, siguieron, dándole escolta, todos los muchachos, los combatientes de uno y otro bando, al principio entrelazados y confundidos, tal como les habían sorprendido los acontecimientos y después,

poco a poco, separados en dos grupos con sus jefes en cabeza.

El dolor de aquella madre, que ellos eran muy capaces de sospesar y de apreciar en su infinita extensión, porque todos ellos tenían una madre que los adoraba y se hacían cargo de lo que sufriría en caso análogo, les atormentaba intensamente. Formaban parte de aquel extraño cortejo fúnebre, acompañando el cadáver conducido en brazos de una madre desolada, con la máxima emoción y con el más profundo respeto. De repente se habían hecho hombres por unos momentos. La tragedia había marcado sus corazoncitos con su acerado troquel. Cada uno iba triste y tan pensativo como si asistiese a su propio entierro. La versatilidad infantil había desaparecido barrida por la emoción y el dolor.

De repente, la madre, que caminaba con el cuerpo de su hijo como una autómata, toda ella dolor, sin atender a nada, tropezó: sus rodillas se doblaron y tocaron en tierra. Con su inmenso dolor brillando sombríamente en sus ojos, retratado en su cara, recordaba a la Do-

lorosa sosteniendo entre sus brazos el cuerpo de su Divino Hijo tras del descendimiento de la Cruz.

Los dos muchachos que la seguían a la cabeza de todos los demás, los dos jefes de los dos bandos, Boka y Fere Ates, corrieron presurosos a ayudarla y la levantaron. Después continuó aquella trá-

gica marcha hacia el hogar del sastre, sosteniendo la madre el tronco de su hijo, y los dos jefes enemigos, el uno la cabeza y el otro las piernas del infortunado Nemechek.

Detrás seguían todos los muchachos con paso vacilante, abstraídos en su dolor y su emoción, respetuosos y callados, llorando.

\*\*\*

Al día siguiente ocurrió en el solar una novedad insólita: los guardas inválidos abrieron el portón y penetró por él una inmensa máquina excavadora que se hizo firme sobre el suelo del solar y comenzó a atacarlo furiosamente con su gran cuchara.

La cuchara, formada por medio cilindro de borde afilado, se clavaba en el suelo con fuerza hercúlea, cortando la tierra y luego se elevaba llena de ella y la vertía en un costado, en el que se iba formando inmenso montón. Después acudían camiones que se llevaban la

tierra. Multitud de obreros recorrían el solar afanosamente por todas partes preparando su faena. Iban a edificar allí una casa que estaría terminada antes de tres meses.

En la otra parte del solar se desarrollaba una escena emocionante.

Las tropas de los dos bandos rivales estaban formadas en dos filas frente a frente. En medio, sobre un mástil clavado en tierra, estaba izada a media asta la disputada bandera de los niños de la calle de Paul.

La bandera adorada, el símbolo

representativo, había sido rescatada por el pequeño Nemechek. Tras de su suerte había desaparecido toda rivalidad. Todos se sentían hermanos, unidos por el dolor, y entonces se encontraban rindiendo honores póstumos a la memoria del heroico niño.

A las voces de mando, las lanzas se levantaron y se inclinaron como signo de respeto. Y el pequeño Chele, con su clarín, tocó una sonata fúnebre plañidera y llena de emoción.

El pequeño Nemechek, de quien antes todos se burlaban, a quien todos tiranizaban un poco porque era el más pequeño, el único soldado con el perro Héctor, mereció con su conducta decidida, hija de la emulación y el entusiasmo, aquellos honores póstumos rendidos por ambos bandos.

Los feroz camisas rojas ya no mirarían en adelante con tanto desprecio a los niños de la calle de Paul. Ellos también habían acudido a aquel acto. Ellos también admiraban la conducta del héroe.

El acto resultaba profundamente emocionante y los feroz guerreiros tenían, todos, los ojos húmedos,

prontos a dejar brotar el llanto. Chele seguía soplando en su clarín y llenando el aire con sus notas largas, plañideras, agudas...

¡Muy bonito! ¡Muy emocionante! Pero ¿quién le devolvería su hijo a la pobre madre que llora y llora sin cesar, hechos sus ojos dos manantiales inagotables de lágrimas? Y el pobre señor Nemechek, el sastre, ¿para qué quería ufanarse trabajando, si ya no tiene un hijo a quien comprarle un quepis, un clarín, un uniforme, una canana y un fusil?

Los honores fúnebres hablan muy alto de la sensibilidad de quienes los rinden, pero no remedian nada... No son más que eso... ¡honores! ¡humo! ¡nada!

Y, presenciando la escena y mirando de reojo a la máquina excavadora que continuaba incansable e indiferente su faena, uno de los dos guardas inválidos le dijo al otro:

—El campo de batalla se convertirá en una casa. ¡Lucharon en vano!

Y el otro le respondió:

—Siempre ocurre así, en todas las guerras, que no son más que una locura suicida de los hombres.

FIN

## COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

## La Novela Semanal Cinematográfica

### LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegra.	La mujer ligera.	Marruecos.	lombres en mi vida.
El gran desfile.	Virgenes modernas.	En cada puerto un amor.	iebla.
Miguel Strooff o el Correo del Zar.	El pagano de Tahiti.	Conoces a tu mujer?	ebea.
La princesa que suyo amar.	Estrellitas dichosas.	1 millón.	ndeseable.
El coche número 13.	La senda del 98.	La mujer X.	arzán de los monos.
Sin familia.	Esto es el cielo.	ente alegre.	El terror del bampo.
Mare Nostrum.	Espejismos.	Mar de fondo.	a vuelta al mundo por Doublas Falbanka.
Nantú, el hombre que se vendió.	Orquídeas salvajes.	La llama sagrada.	hica bien.
Cobra.	El caballero.	La ley del hábitón.	tecién casados.
El fin de Montecarlo.	Ergismo.	La fruta amarga.	hamp (El campeón).
Vida bohemia.	La máscara del diablo.	Vidas truncadas.	a zarpas del jaguar.
Zazá.	El pan nuestro de cada día.	La fiesta del mar.	os amores de José M-
Adiós, juventud!	Vieja hidalguita.	Tabú.	ica (fuerza de serie).
El judío errante.	Posesión.	El pasado acusá.	rsène Lupin.
La mujer desnuda.	Tentación.	Trader Horn.	El caballero de la noche.
La tía Ramona.	La pecadora.	Un yanqui en la corte	a dama del 13.
Casanova.	El beso.	del rey Arturo.	mor en venta.
Hotel Imperial.	Ella se va a la guerra.	El código penal.	l pecado de Madelón.
Don Juan, el burlador de Sevilla.	Los hijos de nadie.	La pura verdad.	Claudet.
Noche nupcial.	El pescador de perlas.	Maternidad, o el derecho a casa de los inuyertos.	itanes del cielo.
El séptimo cielo.	Santa Isabel de Ceres.	La vida (fuerza de serie).	El proceso Dreyfus.
Beau Geste.	Las dos huérfanas.	Carbón (La tragedia de la mina).	a vida de un gran artista.
Los vencedores del fuego.	La canción de la estepa.	El estudiantina.	El último varón sobre la Tierra.
La mariposa de oro.	El precio de un beso.	Las peripecias de Skippy.	antomas.
Ben-Hur.	La rapsodia del recuerdo.	Oué viudita!	roletas imperiales.
El demonio y la carne.	Delikateszen.	El camino de la vida.	Soy un fugitivo
La castellana del Líbano.	Del mismo barro.	Noches de Viena.	eresita.
La tierra de todos.	Estrellados.	Mamá.	a película de las estrellas.
Tripoli.	Cuatro de infantería.	Eran trece.	Grand Hotel (fuerza de serie).
El rey de reyes.	Olimpia.	Jerí-Bibi.	Hollywood al desnudo.
Sangre y arena.	Monsieur Sans-Gêne.	Bésame otra vez.	angre roja.
La ciudad castigada.	Sombra de gloria.	Camarotes de julio.	l doctor X.
Aguilas triunfantes.	Mamba.	Los hijos de la calle.	Emma.
El sargento Malacara.	Molly (la gran parada)	La divorciada.	rimavera en otoño.
El capitán Sorrell.	El valiente.	Madame Satán.	l hijo del destino.
El jardín del edén.	De frente... marchen!	Cuándo te suicidas?	lla o ninguna.
La princesa mártir.	Prim.	Marianita.	enemigo en la sangre.
Ramona.	El presidio.	El carnet amarillo.	El azul del cielo.
Dos amantes.	Romance.	Honrarás a tu madre.	El monstruo de la ciudad.
El príncipe estudiante.	El gran charco.	Su última noche.	El hombre que se reíe del amor.
Ana Karenine.	Tempestad.	Las alegrías chicas de Viena.	usan Lenox.
El destino de la carne.	El dios del mar.	Viva la libertad!	fercado de mujeres.
La mujer divina.	Sevilla de mis amores.	Salvada.	fanos culpables.
Alas.	Horizontes nuevos.	El teniente del amor.	a princesa se divierte
Cuatro hijos.	Ben-Hur (edición nou-	Delicias.	l mano asesina.
El carnaval de Venecia.	lar).	Cielo robado.	l rey de los gitanos.
El angel de la calle.	La increíble.	Amergo idilio.	l sargento X.
La última cita.	El malo.	Honor entre amantes.	Los seis misteriosos.
El enemigo.	El pavo real.	El hombre que asesinó.	Esta edad moderna.
Amantes.	Bajo el techo de París. Para alcanzar la luna.	Rindase!	La novia de Escocia.
La bailarina de la Osa- ra.	Montecarlo.	Camino del infierno.	Besos al pasar.
Moulin Rouge.	Mío serás!	Milicia de paz.	El mayor amor.
Ben Alf.	La mujer que amamos.	Amores de medianoche.	El expreso fantasma.
Los cuatro diablos.	Al comienzo de 3-4.	Miguel Strooff o el Correo del Zar (edición popular).	Al desnudar.
¡Pif, pavas, pif!	La princesa enamorada.	La hermana San Sulpicio.	El robo de la Monna Lisa (La Gioconda).
Volva, Volva.	manecer de amor.	El gran desfile (edición popular).	La edad de amar.
La sinfonía patética.	El gran desfile (edición popular).	Du Barry, mujer de pasión.	Salvada.
Un cierto muchacho.	La ruta de Singapore.	La viuda alegre (edición popular).	Divorcio por amor.
Nostalgia!	Nostalgia!	Los claveles de la Virgen.	orazores sin rumbo.
La actriz.	La melodía del amor.	areja de baile.	Corazones valientes.
Mister Wu.	Las tres pasiones.	l Capone (Pánico en Chicago).	Irusta-Fugazot-Demare (fuerza de serie).
Renacer.	Cristina, la Holandesa.	El imoostor.	Los tres mosqueteros (Los Herretes de la reina).
El despertar.	Un cierto muchacho.	Espous a medias.	Ilady (2.a parte de Los tres mosqueteros).
La melodía del amor.	Hay que casar al oficio.	Fuchachas de uniforme.	sclavitud.
Las tres pasiones.	cine.	l farido v. mujer.	a calle 42.
Cristina, la Holandesa.	inspiración.	Congorila (fuerza de serie).	as dos huferanitas.
Viva Madrid, que es mi pueblo!	El proceso de Mary Du-	arcaderas.	Cabalgata.
Sombras blancas.	gan.	brase una vez en vals.	Secretos.
La copla andaluza.			
Los cosacos.			
Icaros.			
El conde de Montecristo.			

La feria de la vida.	Barrio Chino.	Alma de bailarina.	El altar de la moda.
Una morena y una rubia.	Yo, tú y ella.	Yo he sido esposa.	La virgen de la roca.
Como tú me deseas.	Un ladrón en la alcoba.	No seas celosa.	La herencia.
El relicario.	El cantar de los cantares.	Desfile de candejas.	Madame Du Barry.
El amor y la suerte.	La llama eterna.	Un hombre de corazón.	Sucedío una noche.
Una viuda romántica.	Un hombre de corazón.	Aves sin rumbo.	Hombres en blanco.
Rasputin y la Zarina.	Sierra de Ronda.	Simona es así.	Fueros humanos.
Susana tiene un secreto.	El rey de los fósforos.	Pescada en la calle.	JViva la vida!
20.000 años en Sing Sing.	La Cruz y la Espada.	Una noche en El Cairo.	El negro que tenía el alma blanca.
Huérfanos en Budapest.	El canto del ruiseñor.	Rosa de medianoche.	Caro ina.
¿Milagro?	Adiós a las armas.	El rey de la plata.	Sobre el cielo.
Vivíamos hoy.	La mundana.	Las sorpresas del coche-cama.	Cuestas abajo.
Odio.	¡Tú eres mío!	Sol en la nieve.	Sola con su amor.
Los crímenes del museo.	Catalina de Rusia.	Madres de basidores.	El mundo cambia.
El secreto del mar.	Tempestad al amanecer.	La portera de la fábrica.	Canción de cuna.
Mis labios engañan.	Santa.	Granaderos del amor.	Paz en la tierra.
No dejes la puerta abierta.	Belleza a la venta.	Fanny.	La dama del boulevard.
Dos noches.	Alalá.	Siempre en mi corazón.	La hermana San Sulpicio.
La melodía prohibida.	La hermana blanca.	El error de los padres.	El signo de la muerte.
El primer derecho de su hijo.	La Reina Cristina de Suecia.	La ciudad de cartón.	La dolorosa.
Canción de Oriente	For un solo desliz.	Honduras de infierno.	Tarzan y su compañera.
La amargura del general.	Se ha fugado un preso.	Doña Francisquita.	El gajo y el violín.
Yen.	El error de los padres.	Judex.	Sor Angélica.
Boliche.	La ciudad de cartón.	Casanova.	Las fronteras del amor.
La vida privada de Enrique VIII.	Honduras de infierno.	El agua en el suelo.	Wonder Bar.
Fra Diavolo.	Doña Francisquita.	El boxeador y la dama.	La dama de las camelias.
El padrino ideal.	El café de la marina.	Eskimo.	Caravana.
El judío errante.	El agua en el suelo.		
El hijo de la parroquia.	El boxeador y la dama.		
Letty Lynton.	Esclavos de la tierra.		
	Mujeres y el Don Juan.	Un capitán de cosacos.	

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

LA MAGNIFICA NOVELA

# LA BUENAVENTURA

ENRICO CARUSO (hijo del famoso tenor) y ANITA CAMPILLO (protagonista femenina de La Cruz y la Espada, con José Mojica)

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre lo mejor

5€

**E. B.**

**Precio: Una peseta**